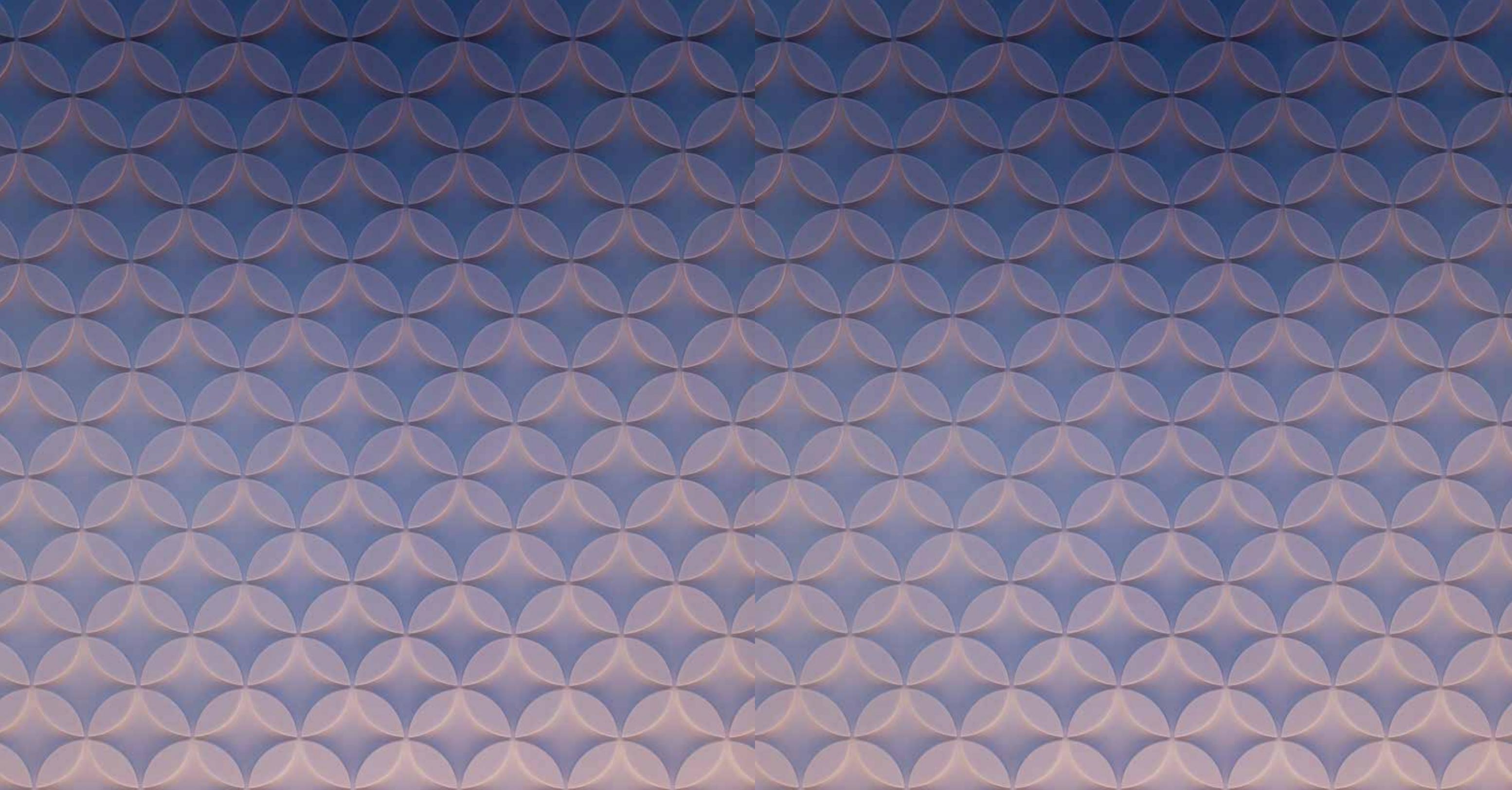




espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual





espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual

VOLUMEN 4. NÚMERO 2



espol Facultad de
Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Autoridades

PhD. Cecilia Paredes Verduga

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paola Romero

Vicerrectora de Docencia

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Carlos Monsalve

Vicerrector de Investigación

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Nayeth Solórzano Alcívar

Decana FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

MSc. Carlos González Lema

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paola Ulloa

Gestión de Apoyo y Difusión

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

MSc. Alla Kondratova

MSc. Ariana García

MSc. Diana Macías

MSc. Daniel Castelo

MSc. Omar Rodríguez

Comité Externo

Arturo Cervantes
Universidad de Buenos Aires

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director

JD Santibáñez, MSc.
Director de Arte

Yennifer Delgado
Asistente de Diseño

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Portada/Contraportada

Julio Herrera

Informática

Diego Carrera, MSc.

Editorial

Llegamos al quinto número de Pixeletras con algunas novedades. Ofrecemos los textos del poeta Moisés Botta quien (junto a Víctor Villegas) surgió de los talleres literarios del Banco Central, dirigidos en los años 1990 por Miguel Donoso Pareja. Del decenio de los ochenta nos llega a través del túnel del tiempo los textos de Héctor Alvarado, una antología de su poemario *Dispersos*, más unos poemas de reciente data. Se cierra el bloque de poesía con textos de Tamara Mejía Molina, ganadora del Premio Ileana Espinel Cedeño, 2022. Luis Urgilés, voz emergente de los talleres de Miguel Donoso Pareja, nos entrega fragmentos de una novela inédita que trabajó de manera personal con Jorge Velasco Mackenzie.

Creemos que rescatar voces es una tarea necesaria en estos tiempos que hay una sobresaturación de propuestasseudoliterarias y paraliterarias. Las redes sociales le hacen creer a los escribidores que publicar en ellas es motivo de realización absoluta. Hay excepciones, obviamente, como es el caso de Nathalie Amores, narradora quiteña que nos deleita con una serie de experimentos que provienen de la microficción. Humor, picardía, ingenio y calambures abundan en los divertinventos de Natkuskunga, como se la conoce en la esfera de Twitter.

Un bloque de escritores referenciales nos honra con participaciones que merecen ser destacadas.

El escritor orense Raúl Serrano Sánchez nos brinda dos colaboraciones que agradecemos: responde con ingenio y buen humor a las preguntas del cuestionario Proust-Pivot y nos regala un cuento inédito sobre la cinefilia.

El narrador lojano Carlos Carrión, ganador de algunos premios internacionales, nos entrega un relato socarrón (no publicado previamente) sobre un depredador, en clave satírica.

Abdón Ubidia nos enseña con sabio humor las diferencias entre escribir poesía y escribir novela.

En la sección *In memoriam* lamentamos la partida del novelista Javier Marías, premio Rómulo Gallegos con *Mañana en la batalla piensa en mí*, traductor del *Tristram Shandy*, cinéfilo, editor, cervantista y columnista de diario *El País*.

Sonia Manzano, en su luminosa faceta de crítica literaria, cierra esta edición con un sesudo análisis de *Un blues para Roberto* de Aminta Buenaño, el mejor libro de no-ficción que se publicó en Ecuador el año pasado.

Hacer una revista literaria siempre es una tarea contra la corriente. Llegar al quinto número es como terminar de rezar un rosario. Por eso elevamos una plegaria para que venga el sexto en el próximo semestre. Amén.

Marcelo Báez Meza, PhD.
Director de Pixeletras

Pixeltras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y la Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

ÍNDICE

Poesía

Fotografías de Tino Soriano. Moisés Botta 10
Fragmentos de un Discurso Amoroso antes de la Telefonía Móvil. Mágara Sáenz 14
A mí mismo y Otros Poemas. Héctor Alvarado 18
"Un Arte" de Elizabeth Bishop. Marcelo Báez 24
Versos Botánicos y Otros Textos. Tamara Mejía 28

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Raúl Serrano 42

Cuento

Dos con un solo Boleto. Raúl Serrano 48
El Playboy que obsequiaba Aspirinas. Carlos Carrión 52

Novela (Fragmento)

La Muerte, un secreto de Dios. Luis Urgilés 64

Miscelánea

¡Cabeza de Poeta! Abdón Ubidia 74
El Poema Apócrifo de Gabriel García Márquez 84
Armas de Destrucción Misiva. Nathalie Amores 88

In Memoriam

Homenaje a Albert Camus. Jean Paul Sartre 94
Javier Marías (1951-2022) 100
Relato desde el Coronavirus. Sonia Manzano 104

Rookies

3 Poemas. Katherine Martínez 112
What's a "Brother" to do? Raymond Hooper 114

POE
SIA



Foto
grafías
de
Pío
Soriano
MOISÉS BOTTA

FOTOGRAFÍA: WWW.THEOBJECTIVE.COM

UNO

Yo, el que fui, no el que soy ni el que seré.

Yo el de antes, no yo.

La aurora pintada de chocolate para cambiar.

La calle estratificada en segmentos inverosímiles.

El amanecer maltrecho.

Esa bola de cristal que mira a cualquier parte sin detenerse.

No tuve descanso, que recuerde. No duermo bien.

Solamente te extraño como un pedazo de chicle estampado en la servilleta.

DOS

Siempre fue larga la noche. Más que el día y bastante más enfermiza.

Siempre fue blanca la nieve en tus palabras.

El acero helado que recorrió mis oídos y que no logré calentar.

El recuerdo de lentejas hirviendo en una olla, el

olor a cebolla asada,

a pimienta cortada, a tomate de árbol, a maracuyá en el estofado de pollo.

Eso me mantiene vivo.

TRES

Corre el niño

Cruza la caótica calle hundiendo los pies en la nieve

Resplandece sin herir sus ojos

Que nunca la conocerán

CUATRO

Fijaos bien:

De la noche a la alambrada hay la misma distancia

Que del pájaro a la luna.

CINCO

Imploran por la paz

De bruces sobre coágulos, trozos de músculo y hueso

Libros quemados que vuelan ante el ventarrón

De piernas, uñas y ojos.

SEIS

La noche colmada de objetos

Que nunca he podido encontrar:

Nidos de hormigas

Textos perfectos enredados

En las ramas de los ciruelos.

SIETE

El día de polyester/ snacks/mango verde con sal

Cucharas plásticas y cemento,

El día no sobra,

No colma mi paciencia.

OCHO

Trato de entender,

Han pasado muchos siglos por mi cabeza,

Sigo mirando de reojo al espejo

Sin encontrar diferencias.

NUEVE

El viento remece los cocos de la palma quieta.
Espero compañías que recorren largas distancias/
Entre el olvido y la memoria
Solo transitan mariposas.

2019

Me contaron del ADN,
de la virtud de guardar
Los mandamientos.

Los dioses te crearon, leí por allí,
A imagen y semejanza
Perfecto, sin pecado,
Como el dios del diluvio,
El que sentado en un trono veía hundirse
Montañas y ciudades,
Dinosaurios y bacterias.
El que jugaba con fuego en Sodoma y Gomorra.
El Gran benefactor.

Me duele la espalda en la mañana
Acomodo la hamaca
Agarro el periódico,
El dolor no es una palabra conocida.

Desconfío de las máquinas
Temo se descompongan, perder la información
Recurrir a la memoria,
La que me mantiene con lápiz y papel,
Escribiendo:
Desconfío de la memoria.

Nazco y muero cada día, en otros,
En mí.
Soy idea y materia,
Hoja que muere verde en invierno
Hoja que nace seca,
Aunque tarde en llegar el verano.

Tomo tu cuello,
Tomas mi brazo,
Mi mente en tu mente es una
Ecuación compleja.
Tu boca se deshace en el teorema
Mi lengua calcula
Donde caerán las primeras gotas de lluvia.

Alguien me ve en su sueño en el preciso momento
Que bebo esta taza de café contigo
En otro sueño.

TERREMOTO 2016

La ciudad derrumbada
El amante no terminó de esperar en la habitación
del motel
La ciudad derrumbada
El niño agarra la mano inerte de su madre
La ciudad derrumbada
El aroma a café recién pasado sale de los
escombros
De la casa donde una familia cenaba
La ciudad derrumbada
Yo camino entre los murmullos y el polvo
Disfrazado de silencio.

2021 JUNIO

Sigo transitando por tus callejones en penumbra
Por la emoción nueva
Por tu boca.
Sigo transitando en ti, aunque no existas
Aunque solo seas la mano
Que llama a la mascota para darle un bocado de
comida.
Desayunando frente al muro pintado de siglos
Con las cúspides de los castillos junto a tu cabeza
Veo corazones dibujados en las paredes
Signos indescifrables
Fotografías en blanco y negro tomadas alguna vez
Para seguir existiendo.

FOTOGRAFÍA: DEATH TO STOCK



INFORME PRELIMINAR

Camino por estas calles para olvidar el hastío,
Las cosas suceden simplemente.
Olvidaré este cansancio deambulando.
El aroma a canela no parece ser de aquí.
Los parques cubiertos de pájaros son una
fotografía de Tino Soriano,
Deambula la tarde ante ojos siniestros.
Nunca me ha gustado la muchedumbre, ese
conjunto de partículas
El conjunto de átomos imperfectos.
Yo, el protón extemporáneo del laboratorio
nuclear,
La noche licuada de rayos de sol y olor a lodo,
Paso ante ti, indiferente.
El devenir me espera de brazos cruzados.
La noche nunca fue perfecta sin ti.
El viento mueve los cables de alumbrado que
sostienen golondrinas chamuscadas,
¿Tu adiós se debió a la debilidad de los cables o a
la fuerza del viento?
Sigo haciendo las mismas cosas de hace treinta
años
Las mismas estúpidas cosas:
Navegar en la barca para mirar el río sucio,
La oscuridad ilumina el cauce que limpia la
corriente.
No sé qué hacer con la botella de biela entre mis
manos,
Vacía.



Fragmentos de un discurso amoroso antes de la telefonía móvil

MÁRGARA SÁENZ

Debo escribir estas prosas antes de que todo a mi alrededor siga cambiando.

Papelitos. Recuerdo que existían las notitas. Algunas de ellas extraviadas en uno que otro ejemplar de la biblioteca.

La letra manuscrita de él. Perfectamente dibujada. Vocales y consonantes tan bien cuidadas en sus proporciones y remates. Ah, si pudiera inventar una tipografía con la caligrafía de mi amado.

Garabatos. Letras que parecen caídas de un panel de roca de las cuevas de Altamira. La prehistoria del amor en la fraseología de lo amatorio.

Minúsculos papiros cuyo destino eran las manos de la adolescencia o el bolsillo de la camisa blanca como una idea.

Arqueología de la memoria. ¿Es la anterior frase un oxímoron? No lo sé, ni me interesa. Sólo quiero sostener esta carta manuscrita entre mis dedos como si fuera el santo grial de nuestra historia. La tuya y la mía. La de ti y la de mí.

De mano en mano. Pasarnos papelitos en el aula. Así era la mensajería instantánea en ese entonces. De mano en mano. Nuestras palabras pasaban haciéndose más fuertes con las energías de los condiscípulos.

Los mensajes eran apuntados en hojas de cuaderno que luego arrancábamos con premura. El ansia de que cada palabra llegue a su destinatario. La dicha de recibirla. La avidez con la que se desenvolvía cada folio como si fuera la explicación de la teoría de tu relatividad restringida. El goce de enviarlo a la velocidad de mi luz.

La paloma blanca tan blanca como una paloma blanca. La nota amarrada a una de sus patas. La certeza de que esas alas no se perderían nunca. Ah, mosqueteras aladas, vayan al castillo que el bienamado habrá de recibir versículos melifluos con pompa y circunstancia.

16

El chasqui corre por el chaquiñán ansiando entregar las buenas nuevas a los suyos.

En la llanura de Maratón es preciso pronunciar el mensaje antes de morir de cansancio: hay que amar a la perra en tiempos de paz.

Disculpas por llamarme poeta. La verdad es que a esta edad una ha aprendido uno que otro truco como un aprendiz esdrújulo.

Lo mejor es seguir a la letra del pie el manual de retórica. Basta con ver un ejemplo y jugar a imitarlo.

Ver la letra manuscrita del amado. Qué acontecimiento. La certeza de que cada uno de esos trazos eran para mí. ¿Dónde se ha visto que la musa le escriba al rapsoda? ¿Quién ha reparado en que el poema le escriba a la poeta?

Tu dedicatoria en el long play de 1974. La superficie de vinilo está rayada. Lo único que tiene larga duración es tu letra.

Plagiar líneas enteras del epistolario de aquel que llegaría a ser mi consorte. Ver esos fragmentos publicados en forma de libro. El descaro de firmar en la carátula con el nombre de una. Lo que es tuyo es mío. Lo que es mío es tuyo. Incluyendo las misivas íntimas.

Hábito de antaño: en el reverso de la foto tamaño carné escribir una pensada dedicatoria. Ya nadie hace eso. Y si alguien lo hiciera sería tomado por orate.

Echar una botella al mar con este libro encerrado en ella. Todos los poetas escribimos desde una isla y esperamos que alguien nos lea para no naufragar.

Poemas tomados de *Nunca más Amarilis* (Quito, Libresa, 2018) de Marcelo Báez Meza.

FOTOGRAFÍA: DEATH TO STOCK



A mí mismo y otros poemas

HÉCTOR ALVARADO

A mí mismo

El beato

héctor narciso de jesús martillo y moreira
en coloquios amorosos de poeta
decide cantarle a su avariciosa voz
de enamorado,
y pone por testigo a una hoja de afeitar.

Te amo

como nunca nadie te ha querido
jamás.

Y tú feliz de este incendio
desdeñas mi desmesurado amor.

Oh, fermoso vate mío
mírate de relabios en el espejo
y convéncete mi bien amado
que beso de poeta
no se le da a cualquiera.

Instrucciones para un recital

Controle los nervios
relájese
sienta que el aire se le mete
a lo ancho de las esponjas
tranquilícese
tome diazepam diez
librium diez
diez más diez veinte poemas
y una canción de amor desesperado.

Relájese otra vez
esté listo para el ataque
calcule lo que va a decir
medite un poco

tome aire
controle los nervios
iya!
imposte la voz
dale el mismo tono de poetas pasados
párese bien
no mire al público
controle la respiración
lea despacio por favor
con calma
mucho calma
que al público le gustan los buenos oradores
el público sabe
el público es culto
el público es un espectáculo
el público es un éxito
el público es un aplauso por favor
no solo de aplausos vive el artista
el artista es un hombre de carne y hueso
el artista es uno de tantos
como tantos que han sido son y serán
pampararan / pampam.

Derecho territorial

Mi paciencia tiene un límite
al norte por Colombia
al sur por Perú
al oeste por el Océano Pacífico, y
al este por la Cuenca Amazónica
de tus ojos.

Poeta en Competencia

A todos los poetas
fórmula uno.

Sin lugar a dudas
soy el lírida
más veloz de este siglo.

Acelero la máquina de mi inspiración
y la pluma marca
280 kilometáforas por hora.

Hidrofobia

Alguna vez
la perra imaginación
mordió al poeta

Y quiso vacunar la imagen
para su obra maestra,
lleno de impotencia
rasgó sus vestiduras
mordióse los labios del cerebro
y decidido a aullar por las calles
se fue echando espuma por la boca.

Mojigaterías

Niñas:
Soy falto de afecto
como los gatos
necesito que me arrullen
la pelambre del amor.

Del Amor:
Como los gatos

una gata en cada techo
los gatos aman/ y salen corriendo

Linda la vida
de los gatos
cazan maúllan
duermen y se estiran
no hay dudas
llevan una vida de a perros
como los lagarteros.

Bolero Fellini

Si tú-vieras siete vidas,
siete vidas serían para ti,
miau.

La familia Tarzán

Resulta que boy
no es hijo de tarzán
lo parió mr.
edgar rice burroughs.

Jane no se acuesta con tarzán
(el pobre pasa muy ocupado con sus
monos)
yo soy amigo de tarzán
y no me gusta
que los chismosos anden diciendo
que jane hace tortillas
con la mona chita.

Corno

Desde que soy amante
del pensamiento.

La memoria me es
infiel.

De lo propio y de lo ajeno

Señor escritor
a partir de hoy
quedan expropiadas
todas las ideas decrepitaseniles
cercadas de lo propio y de lo ajeno
considerando
que se debe ser
más Justino Piguave con el diario vivir.

Se necesita una musa

Poeta agobiado por la falta
de recursos naturales para el canto
busca los servicios secretos de una musa.

Requisitos:
Título de experta en el arte de amar
Edad sin límites
Estado civil el que sea
se guardará absoluta discreción.

Actos de honradez en tiempos de Battleroyal

La poesía
no es un acto de paz
como afirma
un poeta honrado.

La poesía
puede un grito de guerra
un agujonazo
en el culo terráqueo.

La poesía
no nace de la paz
como el pan de la harina,
esto sería concepto panificante
en literatura

La poesía
nace del caos
ese es el quid
de la poesía

Por eso escarba
en los basureros
antípodas y mariposas
para que se nutran de nutrias o de neutros
aquellos que quepan en dudas
aquellos que quepan en deudas.

En Guayaquil
perla del pacífico
madera de guerreros
o, ¿guerreros de madera?
es estos días de octubre
estado del tiempo para
viajeros internacionales
hay ropa tendida en los balcones
parceros que florecen por las esquinas
amantes que se apretujan
pero los señores
atención locatética ciudad del alcornoque
ciudad acelerada
los pájaros jetceteros ronronean tu espacio
mientras abajo muy abajo del maloliente pantano
ululan gorilantes las sirenas del señor presidente.

Poeta que triunfa

La poesía que escribo
pega fuerte por todos lados
la gente dice: es el poeta del último recital.

En los colegios: tararean mis últimos versos.

La prensa ha reconocido en mí
al ilustre bardo de la pluma sutil.

Los más cerrados círculos literarios
han decidido abrir sus puertas
el miembro número uno.

La verdad es que, modestia aparte,
no hay concurso que se resista.

Diariamente recibo cartas de felicitaciones
de la cadena internacional
de poetas amigos y compadres.

El gobierno acaba de imponerme la máxima
presea al mérito cultural.
Realmente, acontecimientos como estos conmov-
erían
al más estatua de los poetas
y lo harían llorar de emoción, ¡oh!

(En estos instantes, el “ojomeneado”
deja rodar lentamente, cristalinas
y perladas gotas de felicidad. En
tiempo de ballet, saca un pañuelo de
fina randa y suénase las inflamadas
fosas. Aplausos. Flashes. Aplausos.)

Rompiendo el silencio

Escucha, muchacho judío
tu poder no está en las armas
tu poder está en el arrepentimiento.

Entra en tu sinagoga
Genufléxate, Contríctate
golpéate el pecho con tu casco
y gime como cordero degollado.

Por los niñ@s de parpados inertes
inundados de sangre y polvo
que yacen junto al cedro.

Llora insostenible como los rientes
agujereados en Gaza,
para matar de sed, a tus hermanos palestinos.

Grita tu pena y dolor
dí que no quieres ser héroe
revélate contra esta absurda guerra.

Rómpete la cabeza, en el muro de los lamentos
recuérdate ¡que eres un ser humano!
abandona para siempre tu patrimonio de muertes

Y, ¡vuelve a la vida!
si tus padres, antes fueron víctimas
tú no puedes ser victimario.



“Un Arte” de Elizabeth Bishop

MARCELO BÁEZ

La *villanelle* es una forma versal francesa que consiste en cinco tercetos y un cuarteto que se conoce como *quatrain*. La extensión de cada verso es libre en lo que a métrica se refiere. Si el primer verso es un alejandrino los siguientes deberán mantener el mismo número de sílabas. El encanto está en el remate. La primera y la tercera líneas de cada bloque o stanza riman de manera consonante. Este recurso se repite en las últimas dos líneas del *quatrain* o bloque de cuatro líneas.

Ejemplos clásicos de una *villanelle* son “Do Not Go Gentle into That Good Night” de Dylan Thomas, “The House on the Hill” de Edwin Arlington Robinson y el poema que esta vez proponemos traducir: “One art” de la norteamericana Elizabeth Bishop (1911-1979).

Este formato suele trabajar con la tensión entre el poeta y el lector que desea encontrar una narración que se frustra por las constantes repeticiones. Hay también cierto suspenso en la lectura pues no se sabe qué aflorará al final. Los sonidos son predecibles, pero no el sentido.

Para dejar claro el recurso de la repetición veamos cómo se lo suele usar para admirar la forma en que Bishop se ha alejado de lo que manda el vademécum de la retórica.

En la *villanelle* de Dylan Thomas “Rage, rage against the dying of the light” es el tercer verso de los tercetos uno, tres y cinco y es también el cuarto verso del cuarteto. “Do not go gentle into

that good night” es el tercer verso del segundo y cuarto terceto y es el penúltimo del cuarteto final.

Bishop decide no repetir el mismo verso al final de cada estrofa. Lo que propone son variaciones. Únicamente respeta la palabra final de cada remate. “Disaster” aparece al final de los tercetos 1, 3 y 5 y como penúltimo verso del cuarteto final. “Master” está al final de los tercetos 2 y 4 y como penúltimo del cuarteto final. Lo que precede tanto a la palabra “master” como “disaster” nunca es lo mismo, siempre varía. En esto radica la originalidad de esta *villanelle*. La poeta hace caso omiso al manual de retórica y construye su propia *villanelle*.

Admirable el oído de Bishop que logra un texto que tiene una camisa de fuerza (la forma de la *villanelle*) que resuelve cada terceto con creatividad. El ejemplo supremo es la decisión de usar “last, or” para rimarlo con “disaster” o “master”.

La decisión de la voz poética de insertar al final la orden “anótalo” nos remite al complejo arte de la escritura de poesía, pero también al de la traducción. En este sentido nos hemos tomado algunas licencias (rimas asonantes y versos muy largos, sobre todo) dispuestos a perder mucho para ganar la reproducción de la musicalidad original. Creemos que el texto de Bishop es una metáfora de la traslación de una lengua a otra: el arte de la traducción también es un arte difícil de dominar “aunque el resultado pueda parecer (anótalo) un desastre”.

ONE ART

The art of losing isn't hard to master;
so many things seem filled with the intent
to be lost that their loss is no disaster.

Lose something every day. Accept the fluster
of lost door keys, the hour badly spent.
The art of losing isn't hard to master.

Then practice losing farther, losing faster:
places, and names, and where it was you meant
to travel. None of these will bring disaster.

I lost my mother's watch. And look! my last, or
next-to-last, of three loved houses went.
The art of losing isn't hard to master.

I lost two cities, lovely ones. And, vaster,
some realms I owned, two rivers, a continent.
I miss them, but it wasn't a disaster.

—Even losing you (the joking voice, a gesture
I love) I shan't have lied. It's evident
the art of losing's not too hard to master
though it may look like (Write it!) like disaster.

UN ARTE

El arte de perder no es difícil lastre;
tantas cosas parecen llenas de bien intencionados
de perderse que su pérdida no es desastre.

Pierde algo cada día. Abraza la catástrofe
de llaves perdidas y tiempos mal aprovechados.
El arte de perder no es difícil lastre.

Entonces pérdidas mayores procura acarrear
lugares, nombres, viajes tan deseados
Pero nada de esto te traerá el desastre.

Perdí el reloj de mi madre y con él de arrastre
El último o penúltimo de tres hogares amados
El arte de perder no es difícil lastre.

Perdí dos ciudades, encantadoras. Y, fui máster,
De un continente y dos ríos, de algunos reinados.
Los echo de menos, pero no fue un desastre.

—Incluso perderte (tu alocada voz, tu gesto de embromarme
que amo) no habré mentido. Quedamos evidenciados:
el perderlo todo es, en verdad, un arte
aunque pueda parecer (¡Anótalo!) un desastre.



VERSOS BOTÁNICOS Y OTROS TEXTOS

TAMARA MEJÍA

Bitácora

Día 189 de la cuarentena por Covid19. Me he ido relajando con las medidas de bioseguridad, pasé de la paranoia absoluta y hermética a una desinfección precavida y a veces olvidadiza. Estoy atenta a las teorías de la conspiración, soy una víctima de la manipulación mediática, observadora silenciosa. Registro el paso de mis días en unas hojas llanas de unas viejas libretas traídas de Buenos Aires. Añoro los planes, las búsquedas de vuelos, la mayoría sueños y fantasmas del pasado que alimentaban mis fantasías, ahora es distinto, lo reconozco como una imposibilidad y me angustia imaginarme anclada a este país. Ecuador se desbarata, de pronto descubro que todos sufren a mi alrededor y que esto nunca ha sido distinto. La distinta soy yo.

Macetas en el patio, ladridos de mi perra y una hija cantando en la ducha. Síntomas de un presagio, espejismo de una transformación inevitable. Para no romperme escribo por las noches, por las mañanas soy una mamá cualquiera que se fracciona para cumplir con las múltiples tareas de ser una mujer adulta. Presiento que a pesar de todo e inexplicablemente la satisfacción es una visita regular, una sonrisa generosa en unos labios conocidos.

Todos los idiomas

Te extraño en todos los idiomas
 que se hablan en nuestro barrio inmigrante
 en farsi: cuando volvías de tu trabajo
 en árabe cuando estábamos tristes por la guerra
 en turco cuando nos burlábamos del vecino
 parlanchín
 en alemán cuando quería enamorarte con mi
 acento tierno
 en inglés cuando íbamos a hacer el amor
 en francés cuando querías demostrarme que eras
 bueno en algo
 y en español cuando llorábamos porque no
 sabíamos cómo abandonarnos.

Conocíamos las mismas dos palabras al menos en
 diez idiomas.

Y sabíamos a la perfección que las lenguas
 extranjeras
 definitivamente eran lo tuyo
 lo mío, el suicidio por las mañanas
 lo que nunca fue nuestro
 la coordinación de un solo sentimiento en común.

Metamorfosis

Entre vértigo y vestigio
 soy la esencia de una metamorfosis
 que perennemente
 me tumba entre la desidia
 y el impulso voraz de encontrar lo indecible.

Germen y semilla
 encuentro sagrado entre vulva y esperma
 simbiosis diluida
 coincidencia atroz
 trofeo exhibido
 y
 huracanes despiadados.

Busco la promesa fiel
 en hojas que se intercalan y trepan
 en el tallo perfecto,
 raíces aéreas
 emanando savia
 que como elixir potable
 nutre el yermo paraje
 donde encontraré
 metamorfosis necesaria.

Baño de Ruda

Hiervo ruda en medio de un desvelo
amarga y fragante
para enjuagar mis fracasos
para olvidar los temores.

Gotas minúsculas
pero si las junto me baño en una laguna
ocio poco corriente
que despoja y consagra.

Hiervo ruda en medio de un desvelo
ofrecimiento para cambiarme la suerte
agua caliente para lavar las desgracias,
enderezar parajes
desinflamar la soberbia.

Hiervo ruda en medio de un desvelo
y pido
permanecer
mientras
renuncio lentamente
a quién era.



Begonias

Tú que tan fácilmente te turbas
 te regalo un ramillete de begonias.
 Si yo pudiera controlar el tiempo
 no existirían las manzanas verdes
 ni las toronjas rancias
 estamparía tu sonrisa de tierna haba cocida
 en cada cesta,
 en cada estación.

Tecas

Te sumerges en la espesura de la jungla
 mientras tanto
 la jauría se acerca
 presiento que es mi obligación
 quererlos a todos.

Truenan las copas de las tecas
 que son devoradas por plagas gigantes
 disfrazadas de garrote,
 me asusta dibujar esta selva sin máscara
 ilógica y exuberante realidad
 tú cuentas una a una las tecas,
 la jauría aúlla
 el garrote los silencia.

Otoño

No puedo controlar la veloz llegada del otoño
 que a paso firme
 todo lo tuesta,
 hoja a hoja
 todo se desvanece
 los lirios
 las violetas
 qué alguien le diga al presidente
 que no tenemos estaciones.
 Sin embargo, todo perece.

Guayacanes asustados
 estallan la mostaza de sus copas
 y un extraño viento del norte
 invade las calles.

Tibieza y despertar
 Fertilidad extraña
 En un precoz otoño.

Desamparo¹

somos huérfanos
madres a quienes le han quitado parte de su vida,
soy una lagrima salada que se esconde en el dolor de un padre
soy esa ventana a donde entraron cinco balas perdidas
en una noche siniestra.

Somos una fogata que se alimenta de partes mutiladas
mientras un smokin bebe champagne junto a las esfinges caducas de mi ciudad,
somos una dádiva rifada cada cuatro años
¿después?
un estorbo,
inútiles
un bulto inmenso que nadie quiere cargar.

Somos esos negros y negras que jamás vemos en un after office
Y que usamos como eufemismo de esclavitud
para quejarnos de un trabajo mal pagado
Pero somos también esa ilusión que alguna vez habitó
en un cuerpo mal nutrido
mientras las figurillas de porcelana
se suben a un pedestal
desentendidos, encandilados
mientras los otros,
nosotros
los rotos
podemos tirar el pedestal abajo
el poder es frágil como la historia

barrer trizas de porcelana,
como deber innegable para el cambio
porque el pedestal está hecho de lágrimas, dolor y pobreza
y nada es más inestable que un corazón roto en una noche siniestra.

Golondrinas en guerra
pueden susurrar espantos de media noche
sonidos ensordecedores,
grietas extendiéndose.

Pero solo escucho el crujir de tus huesos
desplazándose por las ventanas.

Usurpadores de romance
Y una tierna abeja cruzando el umbral de la angustia,
la grieta que todo lo permite
admite que las bombas caigan
en cambio,
el dolor se fragmenta
y por vez primera.

Tenemos algo en común,
el sin sentido de esta guerra
que aprieta,
que goza
que duele.



IMAGEN GENERADA CON DEEPAI.ORG

Revolución

Sangre densa recorre nuestras ansias
estampida y pulsaciones
infinito abrazo
Sangre.

Revolución
tu mano áspera subiendo por mi colina empinada
espasmos en racimas
espacios habitados
silencio.

Revolución
Que los sueños permanezcan intactos
Desencuentros de heraldos y virgencillas
Que sea tarde o temprano
Arriba
O
Bien abajo.

ENTRE
REVISTA



CUESTIONARIO
Proust-Pivot
RESPONDE
Raúl Serrano

FOTOGRAFÍA: WWW.YOUTUBE.COM

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Tímido; en ciertas circunstancias abierto, plural.

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

Su lucidez.

03. ¿Y en una mujer?

Su lucidez.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Que siempre sean lo que son: cómplices, aliados, una suerte de asesores que saben deletrear muy bien el horóscopo y los astros.

05. ¿Su principal defecto?

Ser crédulo, supersticioso, no ser radical.

06. ¿Su ocupación favorita?

Leer, conversar con los amigos, ver películas policiales y confabular desde el entramado de la escritura.

07. ¿Su ideal de felicidad?

Que vivir no sea una amenaza para los otros, para ti.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Estar anulado, negado para todo lo que amas, para todo lo que te conmueve y te golpea.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Proyectista en una de esas antiguas salas de cine.

10. ¿En qué país desearía vivir?

En todos los Méxicos reales e inventados.

11. ¿Su color favorito?

El amarillo según las versiones de Vincent, el holandés.

12. ¿La flor que más le gusta?

La de los geranios a los que la Eva (mi abuela materna) siempre les hablaba por la mañana.

13. ¿El pájaro que prefiere?

La golondrina, quizás porque en mi pueblo (Arenillas), siempre eran una presencia fugaz y una hacía verano.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Marguerite Duras, G. Simenon, Vera Caspary, Felisberto Hernández, Virginia Woolf, Julio Verne, Eudora Welty, Max Aub, Carson McCullers, José Bianco, María Zambrano, Antonio Muñoz Molina, Raúl Andrade, Pablo Palacio, Humberto Salvador, José de la Cuadra, Marco Antonio Rodríguez, Carlos Carrión, Raúl Vallejo, Jorge Velasco Mackenzie.

15. ¿Sus poetas?

Quevedo, Idea Vilarriño, W. Blake, Silvia Plath, René Char, W. Whitman (traducido por Francisco Alexander), Emily Dickinson, C. Cavafis, F. Pessoa, César Vallejo, José E. Pacheco, Luis Cernuda, Aurora Estada i Ayala, César Dávila Andrade, Hugo Mayo, David Ledesma Vásquez, Euler Granda, Iván Oñate, Violeta Luna, Roy Sigüenza, Jorge Martillo M.

16. ¿Un héroe de ficción?

El Conde de Montecristo.

17. ¿Una heroína?

Carmen Palacios Cevallos, la mujer que amó sin tregua al alucinado autor de *Un hombre muerto a puntapiés* (Pablo Palacio) en medio de “tiempos recios” como dice Santa Teresa.

18. ¿Su compositor favorito?

Federico Chopin.

19. ¿Su pintor preferido?

El hombre de la calle 14, Camilo Egas.

20. ¿Su héroe de la vida real?

Aquel bandolero, Naún Briones, protagonista de una de las novelas emblemáticas de la literatura ecuatoriana del siglo XX, *Polvo y ceniza*, de Eliécer Cárdenas.

21. ¿Su nombre favorito?

Gabriela, como el de la poeta chilena y el de mi hija.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

Las poses, la impostura.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

Las diversas formas de la exclusión y de la injusticia.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Caifás, y los fariseos que no dejan de tener vigencia aún en plena postmodernidad.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

La lucha de los brigadistas internacionales

que fueron a combatir, en la década del 30 del siglo pasado, en apoyo de la República española.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

El viento, que es un fantasma que recorre todos los mundos y laberintos con esa música que siempre termina por ser sutilmente desbordada.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

Como el Rey Salomón...

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

El pretender estar sosegado.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

La soberbia y la arrogancia.

30. ¿Tiene un lema?

Sí: “Aquí, dándole a la tambora”.

31. ¿Cuál es tu palabra favorita?

Esotérico.

32. ¿Cuál es la palabra que menos te gusta?

Violencia.

33. ¿Qué es lo que más te causa placer?

Mirar, revisar libros en las bibliotecas y librerías mientras afuera llueve.

34. ¿Qué es lo que te desagrada?

Las poses, eso de que “quien carece presume” y la condena a lo diferente.

35. ¿Cuál es el sonido que más placer te produce?

El del discreto teclado de la máquina (procesador) de escribir.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que te aborrece escuchar?

El de la gente que lanza calumnias o difamaciones.

37. ¿Cuál es tu mala palabra favorita?

¡Concha de tu madre!

38. Aparte de tu profesión ¿que otra profesión te hubiese gustado ejercer?

La de actor de películas de amor.

39. ¿Qué profesión nunca ejercerías?

La de banquero.

40. ¿Tu droga favorita?

La lectura, de la que puedes abusar con sobredosis.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Un gato, además por la ganga que implican las siete vidas.

42. Si el Cielo existiera y te encontraras a Dios en la puerta ¿Qué te gustaría que Dios te dijera al llegar?

--Verás, hijo, que aquí nada es mentira...



CUE
NIO



IMAGEN GENERADA CON DEEPAL.ORG

DOS CON UN SOLO BOLETO

RAÚL SERRANO

i. LAS ÚLTIMAS VÍRGENES

*Nombro las cosas como si temiera
perderlas.*

Marcelo Báez Meza, Puerto sin rostros.

ME LLAMO Tarquino y el hecho es que soy uno de los pocos, por no decir el único de los fieles al viejo cine de la ciudad llamado “Hollywood” que durante estos últimos años y en vista de la crisis en la que entraron las salas, se dedicó a proyectar solo películas “tres equis”, o sea de las que cuando uno era niño los mayores le prohibían ver. Este lugar se convirtió en el mejor rincón de la ciudad cuando a mi tercera mujer se la llevó una falla al corazón. Desde entonces, con los hijos haciendo su vida como mejor les da la gana en España o en Italia, me dediqué a buscar esos rincones de la ciudad que una vez conocí en mi infancia, y de los que ya casi no queda mucho, salvo el cine “Hollywood” (espero nunca lo derrumben, desaparezca o termine convertido en una iglesia) al que entré por pura y mera casualidad después de haberme tomado un café en “El Madrilón”,

otro de los rincones amables que le quedaban a esta urbe. No sé si me llamó la atención el cartel de propaganda de una película cuyo título aún recuerdo: “Las últimas vírgenes”. Supuse que se trataba de una historia interesante, así que entré y lo que descubrí adentro fue como para quedarse mudo: una cosa era lo que sucedía en la pantalla (como en las películas de la picante Isabel Sarli) y otra la que hacían las parejas que se encontraban diseminadas por todos lados. Me gustó escuchar esos lamentos tejiendo en el aire oscuro lo que de pronto era parte de los más locos y desenfrenados de sus sueños, que como los míos son secretos. Sí, cómo se quejaban los hombres y las mujeres siempre sacando esa música que de a poco empezaba a recordarme las viejas batallas que tuve con aquellas mujeres con las que compartí gran parte de mi vida, incluyendo a las que a veces llegaban por obra y gracia del puro milagro. Sí, estar dentro de esa pecera de sombras era como viajar a otra dimensión, a una que de tanto haberla visto durante años, nunca supuse que existiría en medio de esta ciudad que a pesar de que ya no es la de mi infancia, ahora es la de este tiempo y de tantos fantasmas y fantoches; dudo que alguna vez haya existido un reino como este en el que cuando voy por una película es como si entrara al paraíso de unos sueños que espero (yo y todos aquellos que, hacer cola para entrar, ya ni se cubren el rostro con el diario de la tarde porque en algún lado lo olvidaron o se lo arrebataron) nunca me vengan a decir, como mi padre con ese tono de comisario, que son pecado. Espero que no, sobre todo desde que hace algún tiempo, y gracias a una mujer que en cada película se cambia de nombre como de pelucas y rostro, dejé de ser un mero espectador para convertirme en ese actor del que ella espera que nunca la llegue a defraudar.

(Quito, agosto/2022)

ii. ESTRENO

QUERÍA contarle porqué decidí acabar con Mauro. Sucede que durante algunos años fui quien vio por él. Desde plancharle las camisas hasta prepararle el desayuno, puntual. Siempre pensé que eso a él lo tenía muy contento, además

de que por las noches yo hacía, a pesar de que al comienzo creía que era pecado, todo lo que me pedía. Había momentos, o mejor dicho en la cama yo sólo tenía que cumplir porque de lo contrario él se ponía muy mal, le entraban unas rabias que me hacían sentir pésimo, tanto que temía que un día terminara yéndose con otra, o que simplemente se consiguiera una con la que haría todo lo que yo le negaba. Por eso accedí a complacerlo en lo que eran sus caprichos o fantasías. Claro que primero pedía perdón al cielo porque eso que hacíamos eran cochinas que no estaban nada bien. Pero sucede que una tarde Mauro llegó con un aparato de DVD que le habían vendido de oportunidad y un montón de películas, dijo muy eufórico, que muchas cosas cambiarían entre nosotros, muchas. Así que todas las noches ponía esas benditas películas y me pedía que hiciéramos lo que ahí hacían esas parejas con tanto ruido y lamentos que me parecían exagerados. Al comienzo me esforzaba, trataba de que todo fuera natural. Mauro dijo que compraría unas pastillas (le habían sugerido que eran efectivas) para poder estar listo, bien afilado, según él, todas las noches. Pero sucede que la suya fue una promesa incumplida. Conforme veíamos más y más películas, yo empecé a darme cuenta de que ya no me importaba si era pecado o cochinada lo que hacíamos, y que Mauro no cumplía como al comienzo, por eso decidí que la única manera de no desmayar era consiguiendo quien completara lo que él, no sé si por los años o porque de pronto le dio por aburrirse, dejaba a medias o simplemente no llegaba a concluir. Claro que quien le ha tomado la posta desde hace algún tiempo (no me puedo quejar) es Fulton, que no deja de decirme (lo cual me alegra mucho) cada vez que estamos en pleno combate y repitiendo lo que sucede en una nueva película, que si algo tiene que agradecerle a su hermano mayor es nunca haberse divorciado de una verdadera actriz como yo.

(Quito/junio/2022)



El playboy
que obsequiaba
aspirinas
CARLOS CARRIÓN

La llovizna blanqueaba la luz de las lámparas públicas y la avenida se perdía en la soledad de la noche y del agua. A espaldas de Daniel y su Toyota deportivo, quedaba el fragor del centro de la ciudad nocturna. Aún veía bien y no había activado sino el primer nivel de velocidad de los limpiaparabrisas.

Entonces divisó a la mujer detenida en la esquina bajo el resplandor de una lámpara pública y el semáforo en rojo. Su corazón aceleró sin más. Amor a primera vista, se dijo, no sin ironía y olfato de sabueso. Activó el ambientador de sándalo y mermó dos o tres líneas el volumen del equipo de sonido dentro del cual cantaba Dyango. Cantaba o mejor dicho lloraba “Alma, corazón y vida”. El Toyota se acercó casi en silencio absoluto a la esquina y la mujer.

Se veía alta por las botas que calzaba y por ella misma. Alta y sin duda muy bella, elegante y desdeñosa como una top model en el descanso de una árida pasarela de modas de París, Milán o New York. Cuando el auto se detuvo a su lado, ella continuó extraviada en su belleza y desdén. Daniel hizo otro tanto oyendo al cantante español, pero sin oírlo. La mujer miró el reloj y la calle solitaria de las afueras de la urbe y se agachó para hablarle al conductor. Daniel encendió la luz del techo del Toyota, bajó el vidrio automático de la ventanilla y se inclinó sobre el asiento del copiloto para escucharla mejor y vio que sus instintos no se habían equivocado: era bella. Tenía las solapas del abrigo levantadas y el cabello florido de gotas de agua. Como una rosa empapada de rocío, se dijo no sin cursilería. Todo un espectáculo en la sola ventanilla de su auto.

—Hola. ¿No sabes si a esta hora pasan buses o taxis por aquí?

—Sí, pero a las quinientas o a las mil.

—Ahhh —dijo ella volteando a mirar nuevamente la avenida.

—¿Adónde vas? A lo mejor coincidimos y puedo llevarte.

Daniel le habló con indolencia; una indolencia no exenta de cortesía, sin embargo. La chica sonrió.

—A Domingo P. y 24.

No había contenido emocional en sus palabras, aparte de su música de mujer, porque era más diestra que el hombre en recursos elusivos.

—Yo vivo siete calles más allá. Puedo llevarte.

No se sabía si era verdad o si el hombre había inventado esa ubicación de su domicilio tan solo para llevarla sin que la chica supiera que le estaba haciendo un favor particular, que quizá la comprometería. Se inclinó otra vez sobre el asiento del copiloto y le abrió la portezuela. Entra, por favor; no te vayas a resfriar.

—Gracias —dijo ella mientras lo hacía.

Cambió el semáforo y el auto arrancó, de vuelta a la ciudad.

A pesar del perfume de sándalo y Dyango muriéndose en la canción, Daniel sintió un perfume de Dior y la belleza de la chica entrar en su Toyota y apropiarse del auto y de él. No obstante, no tuvo un simple encomio para ella, si excluía los versos de la canción del español, obviamente. Prefirió el mal tiempo. La llovizna había engrosado y el limpiaparabrisas luchaba con ella.

—Las ciudades más bellas son las más feas con la lluvia —dijo sin mirarla—; ¿no te parece?

—Es cierto —dijo la joven de perfil—. Los buses y los taxis desaparecen y lo peor: una se ha olvidado del paraguas y del impermeable.

Rio.

—Es verdad —dijo Daniel, tomando una curva. El ruido de las ruedas contra el agua amontonada en la calle fue más evidente. Aceleró después de la curva. Las luces públicas estaban reflejadas en el pavimento mojado. Era una calle todavía de las afueras con coches esporádicos, una moto estruendosa y la

lluvia repiqueteando en el techo del auto—. Cuando sales preparado, no llueve; pero sal desprevenido y verás...

La chica, más espontánea que él, apenas Daniel acabó con el tema del mal tiempo, elogió la canción de Dyango.

—Sí —dijo él, como si continuara hablando del mal tiempo—. Es una hermosa canción; más aún la voz y la desolada manera de cantarla.

Daniel era un cazador nocturno. O más bien un depredador o un simple culpable de las depredaciones de la noche; no obstante, si le dieran a escoger, preferiría el primer atributo: un cazador de mujeres solitarias. De cuarenta para arriba, máximo de cincuenta. De eso vivía. Eso sí, no había una sola de ellas que no hubiera zozobrado previamente en algún desencanto y eso era un temor añadido a sus temores. O una altivez, artificial, sin duda. Y para que una noche no fuera un tiempo de caza baldío él debía proceder sopesando con cuidado esos temores femeninos y esa altivez. Es decir, debía actuar con sabiduría y la mejor sabiduría con una mujer era simplemente la indolencia; de momento, claro está. Dicho de otro modo: una indolencia que toda mujer descifraba al instante como timidez y hasta se ofrecía a mitigarla.

¡Cuántos desprecios habrá sufrido ese hombre a pesar de su juventud y guapura!, pensaban muchas veces con acierto. ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuántos desengaños!

—No te voy a morder —le había dicho alguna audaz con una copa en la mano, demasiado cerca del hombre la copa y la mujer.

Evocó siete rostros y siete cuerpos femeninos conocidos; no con presunción, sino un tanto desolado. Otra le dijo sé que me puedes matar, pero sigo esperándote desnuda completa menos por los ligeros negros y el sujetador, como a ti te encanta que te espere. Ahora Daniel no recordaba bien si, en verdad, hubo en su vida una mujer en ligeros y sujetador que le dijera eso o solo la soñó. Tal vez estaba viviendo momentos ilusorios. Todo hombre los vive alguna vez. Incluso la posibilidad de cometer un crimen. Por un instante brevísimo, tuvo la imagen atroz de una mujer en ligeros y sujetador desangrándose de muerte sobre una cama. Y él se vio a sí mismo, estupefacto, con una pistola en la mano.

Sacudió velozmente la cabeza para quitarse esa idea asesina.

Frente a una farmacia de turno con un ebrio o un enfermo en la ventanilla, la chica le pidió al hombre el favor de detenerse. Él lo hizo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo necesito unas aspirinas para mi jaqueca.

Daniel se volvió a mirarla dentro de la penumbra del auto, de la canción de Dyango y del perfume de sándalo, y creyó que ninguna jaqueca, por osada que fuera, debería tocar la hermosura de esa cabeza y ese rostro, que ya semejaban un dolor para él. Un dolor anhelado. “La belleza llega, te hiere y se marcha”, se dijo recordando ese verso, pero no el poeta al cual pertenecía.

—Tenías que habérmelo dicho apenas entrar en el auto, mujer.

—Sí, claro, pero no quería molestarte.

—¡Bah!

La chica quiso salir por las aspirinas.

—Tú no, por favor: allí hay un borracho. Además, está lloviendo y yo soy tu taxista —dijo Daniel.

Detuvo el auto, abrió la portezuela y salió bajo un paraguas negro.

Al volver, plegó el paraguas, lo sacudió, entró en el auto, lo colocó junto a su portezuela y le entregó a la chica la cajita con veinte aspirinas y no quiso cobrársela. Era muy bello atribuirse el don de aplacar la jaqueca de esa bella mujer, y el dinero corrompería esa belleza, una cosa peor que si esta no existiera. La chica insistió en pagarle.

—Cuando llegemos te la cobro junto con la carrera.

Ella rio de nuevo, mientras el hombre buscaba la calle Domingo P. y 24. Una moto pasó como una ráfaga, salpicándolo todo con el agua de lluvia empozada en la calle.

—Tú ríes, mientras Dyango llora.

—Es verdad.

Daniel había grabado un CD completo con “Alma, corazón y vida”; de modo que cuando concluyó la melodía, esta empezó de nuevo, y empezaría una y otra vez en el futuro de la noche, de modo interminable.

—Te gusta mucho ese bolero, ¿no?

Daniel anheló decirle bolero-balada o balada sola, pero no lo hizo. Algún momento anheló también preguntarle qué hacía en la esquina dónde la había encontrado, sin hacerlo; a lo mejor para evitar que ella le preguntara a él algo semejante.

—Me seduce.

—¿Alguna alusión personal?

—No, simplemente he nacido con esa flaqueza. ¿A ti no te gusta?

—Sí, pero más las canciones de Rocío Jurado.

—¿Ahhh?

Cantó un fragmento de “Señora”.

—Es una canción torrencial, un destino —susurró Daniel.

—Llegamos —dijo la mujer, cinco calles y dos esquinas dobladas después de la farmacia.

—¿Aquí mismo?

—Sí, en esa casa rosada.

—Okey.

Seguía lloviendo. Daniel detuvo el Toyota junto a la casa rosada. Abrió su portezuela y el paraguas en plena lluvia; rodeó el vehículo bajo su protección, abrió la otra portezuela y esperó un momento. No salió la mujer, salieron dos piernas gloriosas iluminadas por su propia luz y después ella. La protegió del aguacero sin pensar en él. Subieron a la acera y siguió protegiéndola aún, como si la belleza de la mujer lo hubiera hecho olvidar que allí ya no había lluvia. Era un edificio antiguo con su corredor mal iluminado, que él creyó encontrar en su recuerdo o en esa supuesta vida de instantes ilusorios. No había transeúntes, sin duda a causa del aguacero. Nada permitía adivinar el corazón de la mujer; nada el futuro de la noche, pero, cuando no quedaba más que la despedida y la lluvia malogrando la noche, la mujer lo invitó a tomar una copa de brandy en su departamento.

—Para evitar un resfrío —añadió.

Con el paraguas abierto, Daniel dudó. No obstante, pese a la duda, vio

que, sin saltarse un diente de su engranaje, el repetido ritual de conquistar una mujer o dejarse conquistar por ella y acostarse con ella se había puesto en marcha una vez más como una máquina, sin siquiera saber el nombre de la chica ni la chica el de él. Como en el amor. O como si ambos evitaran preguntárselos a propósito, porque lo primero que se olvida de un hombre y una mujer es su nombre. Sin embargo, allí sobre la acera y la lluvia a un metro de los dos, al tiempo que Daniel la deseaba, empezó a detestarla. Como a las otras; mejor dicho, como a las siete mujeres aquellas que había conocido en sentido bíblico. Porque su vida era eso y todo cansaba. Su vida de cazador o depredador de mujeres solas y de vivir a su costa. Ya años así. Conquistarlas, acostarse y detestarlas. Conquistarlas, acostarse y detestarlas. Conquistarlas, acostarse y detestarlas...

Una rutina despreciable, en realidad; salvo por la belleza y el placer, ese oscuro fulgor de la carne, los avaros minutos que duraba. Las detestaba en especial cuando recurrían al dinero; más aún cuando él no podía hacer otra cosa que aceptarlo, luego de una reticencia más ficticia que real, por supuesto. Un dinero con el cual, a lo mejor, ellas creían pagarle la diferencia de edad, la ternura que él no podía dejar de poner donde ponía sus manos, su boca, su sexo. Como la sangre en las huellas de un animal herido. O si no era ternura, sería al menos dulzor.

Las detestaba, de manera profunda, cuando después de cuatro o seis meses, ellas presentían el adiós y optaban por las lágrimas; incluso durante el mismísimo orgasmo. O un minuto después, cuando el desamparo les daba alcance otra vez. Era capaz de matarlas. ¿No había matado a una o a dos o solo era una muerte atribuible al porvenir de una mujer? Tal vez al de la más bella o posesiva.

Él movió la cabeza, confundido, como si estuviera recordando otra vida, para negar su pesadilla; la otra vida que hay en toda vida, con indiferencia de su mediocridad o grandeza. Con crímenes incluidos. Imaginó o recordó una mujer mortalmente herida. La llevaba en brazos a través de la noche y de la lluvia. Iba diciéndole que no se muriera hasta que llegaran a un hospital; un



hospital que no asomaba nunca. Era como si le susurrara una canción de cuna a una niña amada. Confundido y todo supo que, por algo ignorado o temido, siempre llevaba con él una Magnum escondida. Como una pésima costumbre, un mal, una fatalidad. Sintió su bulto duro en la sobaquera. Sí. Era capaz de matarlas; más aún cuando se trataba de mujeres casadas y, detrás de sus lágrimas, estaban sus esposos mayores a ellas o envejecidos por la insensibilidad o un chantaje; la mayoría de las veces agazapados en el dinero, otra mujer y hasta en el proxenetismo.

—Está bien, gracias —dijo Daniel, aceptando la invitación de la bella desconocida y cerrando el paraguas—. “Para evitar un resfrío”.

Ella sonrió.

Él lo dijo persuadido de que a esa noche de perros, pese al amor de Dyango, solo podía salvarla la copa de brandy de esa mujer y la mujer.

Había un foco de pocos voltios sobre la puerta de calle del edificio. Desde hacía rato, en cámara lenta fatal habían caminado los dos juntos hacia esa puerta y esa luz deficiente como a un destino. Y eso había detenido todo. Por fin llegaron. La cámara lenta se detuvo cuando la chica se paró y se puso a buscar la llave en su cartera. La halló y la aproximó a la cerradura.

Sonó entonces un disparo. Un disparo que bien podía pasar por un ruido natural de la noche de lluvia, pero no.

—¡Aaay! —dijo la mujer y empezó a desmoronarse.

—¡Dios mío! —dijo Daniel soltando el paraguas y tomándola en brazos para evitar su caída.

Un auto estacionado al otro lado de la calle, encendió el motor y se alejó de allí velozmente, bajo el aguacero, cuyo rumor se calló de repente solo para que Daniel pudiera escuchar sin estorbos la voz de la chica herida. Dios mismo se hubiese callado.

—Fue Daniel —dijo ella con un susurro cansado, mientras tintineaban sus llaves al caer sobre la acera—. Estamos divorciados, pero juró matarme si me hallaba con otro.

—¿Qué Daniel?

—Daniel Altamirano.

—Pero ¡Daniel Altamirano soy yo! —dijo atónito, sintiendo la sangre tibia de la chica en sus manos como si fuera su propia sangre.

Ella no dijo nada más o lo decía con una queja muy honda y de tan honda, callada, secreta.

En total atolondramiento, Daniel corrió hacia la lluvia con la mujer en brazos, abrió la portezuela del copiloto como pudo y la depositó allí, abatiendo en seguida el respaldo del asiento, para que ella se acostara. La balada del español continuaba incommovible. Cerró la portezuela y voló a su puesto de chofer; pero apenas encendió el motor y los faros, cayó del cielo un patrullero policial con las luces encendidas y le cerró el paso. Salieron de él tres policías, lo encañonaron con sus armas de reglamento y le gritaron que saliera del Toyota con las manos en alto.

Las luces encontradas de los faros del patrullero y las del auto de Daniel estaban acibilladas por las agujas oblicuas de la lluvia.

—¡Por favor —salió clamando Daniel de su vehículo con las manos en alto—; permítanme ir primero a una clínica con la chica: está malherida! ¡Después hagan de mí lo que quieran!

Sordos a sus clamores, los policías le ordenaron colocar las manos sobre el capó de su auto y abrir las piernas. Daniel sintió el agua chorrearle por la nuca y las orejas. Como otra sangre. Uno de los policías se acercó a la portezuela de la muchacha herida y los dos restantes lo rodearon a él, uno de los cuales procedió a cachearlo.

—¡Aquí está! —dijo el policía que lo hizo, con la pistola de Daniel en las manos—. Es una Magnum 357 de nueve milímetros y está recién disparada.

En el equipo del Toyota Dyango seguía llorando “Alma, corazón y vida” y no paraba nunca de llover.

NOV
ELA

F R A G M E N T O



IMAGEN GENERADA CON DEEPAI.ORG

La Muerte, un Secreto de Dios

LUIS URGILÉS

65

No hay muerto en vida

Entonces comprendí que también los mortales sabemos cuándo vamos a morir, aunque para María Etelvina, como siempre ella solía decirnos, la muerte solo era un secreto de Dios.

El cirujano vestido de dios, o dios vestido de cirujano, nos llamó a todos y dijo: Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance.

Ella, que había compartido su vida en el Hogar por más de treinta años, estaba sentenciada a su final.

—¿Y qué tiempo le queda? —le preguntamos.

—Un mes, más o menos —nos respondió de manera indiferente.

No le creímos porque estábamos seguros que solo Dios sabe el tiempo exacto que nos queda de vida. Lloramos de desconsuelo y de indignación, teníamos la esperanza de que no fuese así, pues no hay muerto en vida, y ella estaba con ganas de seguir viviendo.

Cuando abrió los ojos, después de la operación, nos dijo que había soñado con el Hogar, que todas las muchachas estaban hermosas y felices: Nancy González tenía dos hermosas criaturas, Camila Quintero había recobrado la razón, Estela Ramírez había regresado a vivir en el Hogar, y que las cuidadoras ya les ponían presas en la sopa; Rosita Buenaño estaba separada de su marido; nos habló también de las mellizas Graciela y Paola, y de todas las que había conocido y tratado como si fueran sus propias hijas.

Y ese fue el último sueño de María Etelvina con el Hogar. Al final, el doctor acertó con su pronóstico divino.

Nancy González

Llegó acompañada de una tía que llevaba una funda de plástico con algunas cosas necesarias para su estadía, mientras la negrita Camila, que terminó sus días en el manicomio, feliz con su nuevo amigo, la miró de frente y se fijó en aquella muchacha que cruzaba el portón del Hogar, tan delgada, casi hueso y pellejo, con un vestido demasiado flojo para su talla, mirando hacia todos los lados, como un colibrí asustado.

Sin embargo, Nancy era bonita. Tenía la nariz fina y el mentón delicado, los labios suaves y rosados como la de una miss universo.

—¿Y desde hace qué tiempo vives aquí? —interrogó Nancy, con un poco de temor ante el semblante rígido de Camila.

—Uh, ya ni me acuerdo —le contestó Camila, mientras preparaba la cama para dormir—. Creo que nací aquí. Eres muy linda —le dijo y le tocó la cara. Nancy retrocedió un poco asustada y Camila sonrió.

—¿Crees que soy rara? —le dijo Camila con un tono de amenazante ironía.

Nancy no le contestó, porque a esas alturas de su vida, creía en pocas

razones: ¿En su padre que la había abandonado al darse cuenta que su mujer lo engañaba? ¿En su madre que prefirió a su amante? Tampoco podría creer en su tío, donde fue abandonada, y que había intentado abusarla; entonces, su tía prefirió llevarla al Hogar, por considerarla un peligro latente para su familia.

—Yo no creo en nada —le contestó.

—¿Ni en diosito?—preguntó Camila sonriendo maliciosamente.

Y antes de responder prefirió irse a dormir en una de las literas que las cuidadoras le habían asignado.

Buscando alguna pista de su existencia

Hace mucho tiempo que no vengo por este lugar, simplemente, ya no hay motivos, solo capítulos sueltos de muchas historias comunes, amores juveniles, esperanzas diluidas en un abrir y cerrar de ojos, es decir, la vida misma en el Hogar.

El cerramiento de este lugar es grande y pintado con cemento blanco, el portón de hierro de color negro antioxidante, lleno de graffitis: Te amo, me falta poco para escribirlo en el cielo... te espero allá en el cielo corazón... y otros garabatos que no se entienden. La extensión de este lugar abarca dos manzanas. Adentro hay muchos árboles de mango y grosella, cuatro matas de coco, algunos árboles pequeños de acacia y monte por todos lados.

Ahora, solo miro desde lejos, de pasada, y siento como si alguien me hiciera de la mano, mientras voy en un bus cuya música pegajosa, “déjame vivir mi vida...”, se mezcla con imágenes yuxtapuestas de felicidades recogidas en algunos instantes por la memoria. O, a veces, cuando voy en taxi, le digo al chofer que gire por esa manzana, quiero ver si encuentro a alguien. El chofer me tiene lástima y decide ayudarme, da vuelta alrededor del Hogar; entonces puedo medir en toda su extensión, no solo el cerramiento, sino también la nostalgia de los que no aparecen, de los que ahora están ausentes.

—¿Por qué no baja y la busca? —me propone el conductor.

—Puede ser una buena idea —le digo, aun sabiendo la imposibilidad de los resultados, tratando de mantener una actitud normal.

—Es una buena idea —me asegura y se detiene frente al portón de hierro.

Bajo y me arrimo a la entrada, toco el timbre, golpeo la puerta, mientras el taxi desaparece por la vía Perimetral. En ese momento se escuchan ruidos adentro, se acercan, siento pisadas, el murmullo de algunos seres; al fondo, el ladrido de algún perro vulgar, presiento que están más cerca de la puerta, entonces pego mi escapada y desde lejos hecho un vistazo al lugar que nunca debí regresar: El Hogar de Cristo.

Todas se han ido de este lugar

La sala y el comedor se encontraban en el mismo sitio. Un televisor grande y una mesa de madera para hacer los deberes era lo más sobresaliente en ese espacio dedicado al estudio. A un lado, y con suficiente claridad, la cocina y, más al fondo, el dormitorio de las muchachas: una fila de literas de hierro entre paredes adornadas con estampas de la Virgen y de Jesucristo.

Las cuidadoras tenían un dormitorio especial: Doña Rosa Quimís hacía de mamá y la señora Gloria Engracia, era su ayudante. Ambas vivían en el Hogar, mientras que María Etelvina venía todos los días a cocinar.

—¿Tú crees que algún día se termine todo esto? —le preguntaba Rosa a Gloria.

—Esto se está acabando desde hace mucho tiempo.

—Cuando esto se acabe, también lo haremos nosotras.

—Es como si dijéramos que también se termina la pobreza.

Entonces no había de qué preocuparse.

En una ocasión que no pude escapar a tiempo, me descubrieron al pie del portón. Sus rostros eran conocidos, al menos, de una.

—¿Qué desea?—me preguntó con un gesto que reflejaba una evidente molestia.

—Solo quería comprobar si todavía existían —le contesté un poco extrañado.

—¡Ah, ya sé quién es usted! —Me había reconocido y eso aumentaba mi tensión.

—Pero, para usted el Hogar de Cristo ya se terminó —me sentenció.

Eso era cierto. La ciudad se había transformando. Yo también era uno de esos seres que deambulan cuando ya su historia ha concluido y vuelve a recorrer los mismos lugares, el mismo camino que conduce al Gólgota y percibimos que aún la sangre está fresca, que el chasquido de los látigos tiene la misma furia y que, si alguien nos quiere dar la mano, lo halamos con fuerza para que también perciba el olor de la tierra castigada.

—Entonces, todavía existen.

—Sí, pero ya no es como antes.

Retrocedí para contemplar el portón negro, profundo, a la señora de mirada desconfiada cerrando a prisa, al perro ladrándome a punto de atacarme; traté de escapar para siempre de este refugio, rasgar mis vestiduras, quedarme en hilachas, castigarme en el olvido para no meterme en esas vidas que ya no me pertenecían, pues, la única historia que fue mía desapareció, pero no para siempre, les contesto para justificar mi presencia y camino a prisa por la avenida larga, que me da una perspectiva casi infinita de la vida.

En Navidad

La casa se llenaba de esperanzas. Todas en el Hogar estaban atentas a los regalos del niño Dios. La loca, como también le decían a Camila, solía rezar en voz baja para que nadie se enterara de que ella también era capaz de comunicarse con el verdadero dueño del Hogar, y lo que pedía no eran juguetes ni ropa, ella quería otra cosa, porque en algunos momentos de sus crisis, le gustaba desnudarse por completo, subirse a la parte más alta de la casa y empezar a bailar levantando las manos como queriendo tocar el cielo, hasta que aparecían las cuidadoras, especialmente la señora Califas, para bajarla a palos. Camila quería otra cosa.

—Negra loca e indecente, el diablo te va a llevar.

—El diablo eres tú —le decía y le enseñaba su cosa y su trasero, y la señora Rosa Quimís hubiera querido llamar a un exorcista a no ser porque ella misma corría al dormitorio y se tranquilizaba.

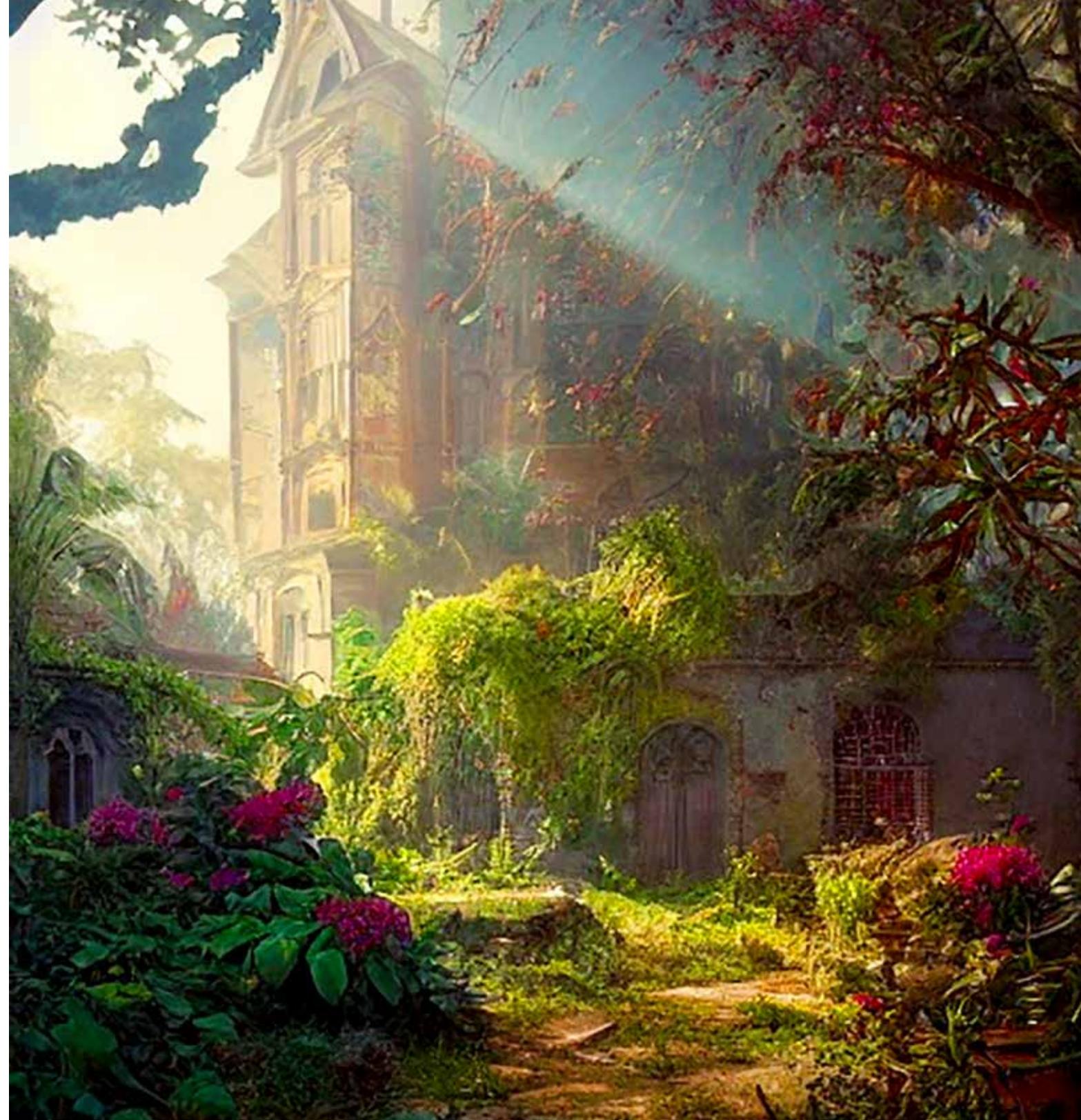
—Cochina e indecente, se hace nomás la loca —maldecía, y después la ignorabacomo a un mal sin remedio.

—Quisiera un marido —solía decir Camila a su amiga de más confianza, en sus momentos de sosiego.

Quién la iba a querer así, solían pensar las demás, aunque tenía un cuerpazo de esas morenas que bailan zambas en carnaval, un encanto para los lujuriosos.

Nancy, por su parte, que había llegado al Hogar a los diez años y ahora tenía catorce, no quería nada, solo hubiera querido saber si su papá y su mamá estaban vivos, si seguían con las mismas parejas y, lo más importante, si aún pensaban en ella.

Para ese entonces, Rosita Buenaño era la más pequeña y deseaba una muñeca de esas que hablan, caminan solas y tienen el pelo rubio. Y en una de esas navidades recibió ese regalo, aunque le faltaba un ojo y el cabello rubio estaba bastante enredado; se acostumbró a dormir con ella, hasta que la muñeca empezó a molestarla acariciándole el ombligo, luego la desechó para siempre porque tuvo vergüenza de que Fabián se enterara de que ella dormía con una muñeca y que aún se orinaba en la cama, cosa que la mayoría de las muchachas solían hacer en secreto. Y así sucedieron muchas navidades, hasta que llegaron a la conclusión de que una navidad no hubiera sido igual a otras, si el niño Dios o Papá Noel hubieran llegado a vivir para siempre con ellas.



MIS
CEIA
NEA



FOTOGRAFÍA: DEATH TO STOCK

¡Cabeza de Poeta!*

ABDÓN UBIDIA

Las ideas verdaderas entre los verdaderos poetas están siempre veladas.
Nietzsche

El poema gana si adivinamos que es la manifestación de un anhelo,
no la historia de un hecho.
Borges

El principio de la semejanza rige la poesía (...) La prosa, en cambio,
se desarrolla ante todo por contigüidad.
Jakobson

Hay una cabeza de poeta y otra de narrador. La una canta, la otra cuenta. Con las excepciones consabidas de Hugo, Rilke y unos más, los poetas no han escrito grandes novelas y los novelistas de largo aliento no han hecho grandes poemas. El poema es explosión, redoble, agolpamiento de imágenes, destrucción de la prosa. Por eso se fragmenta en versos. La novela es aliento, lenguaje paciente e hilvanado, historia que decurre, tiempo que se desenvuelve con una sintaxis imperiosa, visible, denotada: discurso narrado, natural, por sobre todo discurso.

* Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Literatura: Memoria e imaginación, de América Latina y el Caribe: PUCE. Quito. 2011.

La poesía es “porosa”. Tiene grandes huecos que permiten una polisemia grande, casi enardecida; diversas interpretaciones que convalidan los espacios de silencio o de significado hermético, según sea la “voluntad de entender” del receptor.

Cada verso se separa de sus vecinos. Deja un corte que, en realidad, es una grieta. La discontinuidad le es necesaria.

Pero esa discontinuidad sólo es el reflejo de una discontinuidad mayor: el abismo que separa al poeta de su lector.

Porque, en esencia, la comunicación poética radica en un malentendido inevitable: el poeta, en su canto, alude a experiencias muy suyas, acaso ocultas para el lector, que sólo recibe esas metáforas o sentencias, con un efecto similar al de la música, cargando esos versos cifrados, oscuros, con sentidos sacados de su propia experiencia: si el poeta dice: “pensar que no la tengo/sentir que la he perdido/ y el verso cae al alma como el pasto al rocío”, el lector hace suyos esos versos porque no sólo piensa en el dolor del poeta, sino en el suyo propio, real o imaginario. La poesía, en el fondo, es inexplicable. Deliberadamente inexplicable. Porque es subjetiva. Soledad pura que solo puede ser convalidada por otra soledad con una gran pérdida de significados. Así, todo poema es hermético. Su lectura es un desciframiento de signos velados, difusos, inasibles, casi secretos. Y su fuerza radica más en la insinuación que en la claridad.

Por el contrario, la novela, analiza lo que decurre, explica hasta lo que no puede explicarse, muestra el devenir del mundo en un tiempo homologable al de la vida del lector; quiere ser tiempo, continuidad, quiere volverse existencia vivida, no evocación, anhelo apenas, por eso requiere de la prosa, del fluir del lenguaje, del encadenamiento de sus unidades de sentido, para simular bien el decurso de la vida humana.

Toda novela es una larga explicación. Veamos un ejemplo decidor: Pálido fuego, del gran Nabokov. Está formada por una primera parte que, en el contenido y en la forma, es un auténtico poema. El resto de la novela es la explicación narrada de cada uno de sus versos o estrofas. En ella se ve

bien que la poesía, frente a la novela, es elíptica, concentrada. Así, cada verso evoca —para seguir con la presunción de Borges mostrada en uno de los epígrafes de estas notas— un contenido más vasto que solo puede ser explicado, exhaustivamente, en un relato. No en vano, los posformalistas rusos decían que el principio de exhaustividad rige la forma novela.

Dicha exhaustividad involucra enteramente al lector y a su percepción del tiempo de la novela y el de su vida. Al lo largo de la lectura de las largas páginas de una novela la historia narrada pasa a ser parte de la historia personal del lector (Hay personas que incorporan los personajes virtuales de las telenovelas —por poner un ejemplo elemental— al entorno real de amigos y parientes). Al contrario de lo que ocurre con el canto del poeta cuyos sacudones emotivos son, en buena parte, instantáneos.

La poesía ha de ser discontinua y la novela, por más que se muestre fragmentada, como o curre en el *nouveau roman*, o en Rayuela, confiará en la capacidad recreadora del lector para restablecer la continuidad de la historia narrada. Todo en la novela es sintaxis elocuente.

La sintaxis del poema, en cambio, se esconde. Sólo existe en las profundidades y misterios del lenguaje. En los ecos y las resonancias. En la connotación pura. No en vano su figura mayor es la metáfora. Y los poetas metonímicos, como Trakl, quien rehúye la metáfora (La noche plateada; el pez rojo ascendiendo por el estanque verde, etc.) no son la excepción: separan sus imágenes en versos discontinuos¹.

¿Cómo se sostiene, pues, la unidad del poema, cómo se logra ésa, su sintaxis escondida? Creemos que tal sintaxis se ayuda con un añadido natural del poema: su musicalidad elocuente o secreta.

Incluso, en la poesía moderna, hecha mayoritariamente con versos libres, afloran en el poema acordes sonoros cercanos a la música. Porque su relación con ella es antigua: no olvidemos su etimología: “lírca”. La lira continúa, pues, presente o ausente, prestándole una continuidad obvia o clandestina a algo que de suyo y sin ella, es discontinuo: la asociación, la semejanza. Y en la poesía popular esa simpatía con la música es obligada:

los copleros rurales se acompañan de guitarras para decir sus versos, por lo demás rimados.

Así, la rima de la poesía clásica, su métrica, su preceptiva estricta, debe verse como un auxilio musical necesario para prestarle una contigüidad exigente a lo que no es contiguo. Lo supieron bien aedas y luego juglares. Y clérigos también.

La sintaxis de la novela es manifiesta. No en vano, en ella, la metonimia vence a la metáfora.

La contigüidad guía la cabeza del narrador. Las unidades de sentido se ligan como los eslabones de una cadena. Se concatenan y discurren. Son las aguas del río del tiempo humano lo que las arrastra. En ese fluir, por él y mediante él, se construyen las historias. Cualquier discontinuidad será denunciada como un cabo suelto. Algo falta allí para que la sintaxis se cumpla. Suele ocurrir, sin embargo, que, entre capítulo y capítulo, el novelista deje interrogantes calculadas, vacíos en la continuidad de la historia. Pero aquellos son sólo recursos narrativos para fortalecer la intriga. En el fondo, para asegurar esa continuidad. Al final, la contigüidad de las unidades de sentido de la historia narrada estará garantizada. Puede ser también que, como ocurre en Hemingway y su receta del iceberg, ese vacío en la continuidad sea deliberado para que el lector lo cargue, por su cuenta, con sentidos implícitos, lo subsane o restañe con todo aquello que el autor, deliberadamente, ha dejado bajo la superficie. En cualquier caso, el relato debe ser, por obra del autor y la complicidad del lector, continuado, completado: con un comienzo, un desarrollo y un fin, conforme es —tantas veces lo hemos dicho— el modelo de la vida humana.

Cervantes, Balzac, Flaubert, Tolstoi, Dostoyevski, Proust, Mann, Joyce, Faulkner, contaron hechos, no los evocaron, fueron historiadores de historias íntimas, a veces insertadas, como en *La guerra y la paz*, o en *El sonido y la furia*, en el marco de la gran Historia de sus pueblos. Necesitaron de la prosa porque querían narrar, contar esas historias.

De otra parte, es notorio que muchos de los poetas que escriben novelas



saquen sus historias de la Historia; es decir, acudan a un discurso ya hecho y admitido para hilvanar sus imperiosas, discontinuas, explosiones poéticas.

Habrà, pues, una cabeza de poeta y otra de narrador.

Más allá de las formas, quizá la diferencia sea neuronal, fisiológica, inscrita en cada mente como un mandato genético, como una arquitectura que construye los cerebros del poeta y el novelista, según patrones distintos.

Debemos explicarnos mejor.

Desde 1941, el sabio lingüista Roman Jakobson ha escrito tratados sobre la afasia², es decir, sobre la atrofia en el orden de la comunicación que sufren determinadas personas incapacitadas para transmitir un mensaje con sentido. En síntesis, Jakobson, (para quien el discurso se mueve simultáneamente entre dos polos: el de la contigüidad de las palabras y, de otro lado, el de la semejanza, o asociación adecuada; es decir, el polo de la metonimia y polo de la metáfora), prueba que los afásicos tienen dañado uno de esos polos: o pueden decir una frase de sintaxis correcta pero sin asociaciones lógicas; o asocian bien pero no alcanzan a articular una frase hilvanada.

Extrapolemos este descubrimiento: pensemos que, si los individuos están marcados por la naturaleza, con rasgos únicos: las huellas dactilares, el iris de sus ojos, etc., también desarrollarán, en cada quien, en sus cerebros, capacidades diferentes: los polos o ejes de la comunicación no mantendrán el mismo equilibrio en todos por igual: en unos predominará el uso de la sintaxis y en otros el de la asociación. Llevemos al extremo tal razonamiento. Es decir, demos la vuelta la propuesta de Jakobson: no desde la atrofia sino desde la potenciación: habrá personas que tengan muy potenciado, el eje de la asociación, de la metáfora: de allí saldrá un poeta. Por el contrario, quien tenga potenciado el eje del discurso natural e hilvanado, el de la contigüidad, podrá ser un novelista.

¿Por qué los poemas de Faulkner son tan escasos y menores comparados con sus novelas torrenciales? ¿Y qué decir de Balzac? ¿Y Tolstoi?

¿Por qué Borges no escribió novelas —más allá de su boutade de que

lo mismo se puede decir en cinco páginas que en quinientas—? A lo mejor no podía escribir una novela. Tenía una hermosa cabeza de poeta.

Queda una pregunta: ¿Por qué tanto poetas como novelistas escriben cuentos?

¿Por qué Onetti, Cortázar, García Márquez, Joyce, novelistas eximios, han escrito joyas del cuento?

¿Por qué Dylan Thomas, Tagore, Darío, poetas sin discusión, las han hecho también?

Porque el cuento participa del rigor y la brevedad relativa del poema y, a la vez, del discurso narrado —personajes, intriga, etc.— de la novela.

Quiere decir, entonces, que el cuento es el poema del novelista y es la novela del poeta.

Bien se queja Jakobson de que la crítica literaria tienda a centrarse sobre todo en el estudio de las figuras de la metáfora, descuidando las de la metonimia, con lo cual, el análisis resulta mutilado y hasta incurre en una suerte de afasia teórica.

Yo dedico este texto a los poetas y narradores y no a los críticos. Por una razón distinta y pragmática. Durante décadas he coordinado talleres literarios y he visto, en vivo y en directo, la lucha inútil que, en los comienzos, han mantenido jóvenes escritores en contra de su propia naturaleza. Poetas que querían ser narradores o narradores que querían ser poetas. Sólo unos cuantos se resignaron a aceptar la forma literaria que su cerebro les demandaba.

¹ No sólo los poetas metonímicos. Igual que pasa con los poetas épicos, que quieren traicionar, en vano, con historias hilvanadas, la discontinuidad propia de la poesía, hay novelistas que, en contra de la contigüidad que demanda su género, muestran, sí, en su lenguaje personal, en su idiolecto,

diríamos, arrebatos poéticos, que vuelven, a muchos de sus capítulos, verdaderos poemas en prosa. O, al menos, esparcen en su estilo frases memorables que, en fin de cuentas, son frases poéticas. Ellos son los novelistas excepcionales. Los novelistas de excepción.

Pero la regla es otra. Y si no que lo digan los autores policiales o de novelas negras o históricas.

Veamos un ejemplo decidor. Vargas Llosa es un narrador consumado. Qué duda cabe. Pero llama la atención que en su prosa no encontremos frases memorables. Al punto de que hasta podríamos decir que en ella no hay un estilo reconocible. Nada que ver con el mentado Borges. Tampoco con Onetti, Cortázar, García Márquez, Kundera, para no mencionar a Durrel. No hablamos de carencias. Hablamos de emociones. De impactos emotivos. De frases memorables que brincan en el texto como ascuas. Porque, ahora lo sabemos bien, lo memorable es causado por la emoción. Y el Nobel peruano, es un caso extremo del narrador. Los impactos emotivos no provienen de su estilo tan llano y directo sino de la paciente urdimbre de una trama elaborada que nos proporciona sorpresas muy bien calculadas. Porque están hechas de un discurso en el que diversas líneas de acción van tejiéndolo con alejamientos y encuentros al igual que ocurre en los tejidos trabajados con distintas fibras y diseños (y no en vano la palabra texto viene del latín *textus* que quiere decir tejido). Todo discurso narrado es un tejido de historias que se juntan en un tejido mayor, una historia mayor. En el tejido, pues, la continuidad está bien tramada.

Las frases memorables de un relato no sólo provienen de la habilidad que muestra un narrador en la trama que construye: sino de su estilo. Y una novela como *Justine* de Durrell o *Bella del señor* de Cohen, contienen frases inolvidables porque son frases poéticas; porque logran los impactos emotivos que sólo las imágenes y las metáforas audaces provocan en el lenguaje poético. Porque esas novelas tienen el valor agregado de ese lenguaje poético. El verso está hecho para grabarse en la memoria, para herirla con una emoción imperecedera. Esas frases memorables son, pues, una suerte de versos sembrados, dispersos, que prorrumpen en la continuidad obligada de una novela.

2 Jakobson Roman, *Semiología, afasia y discurso sicótico*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires,

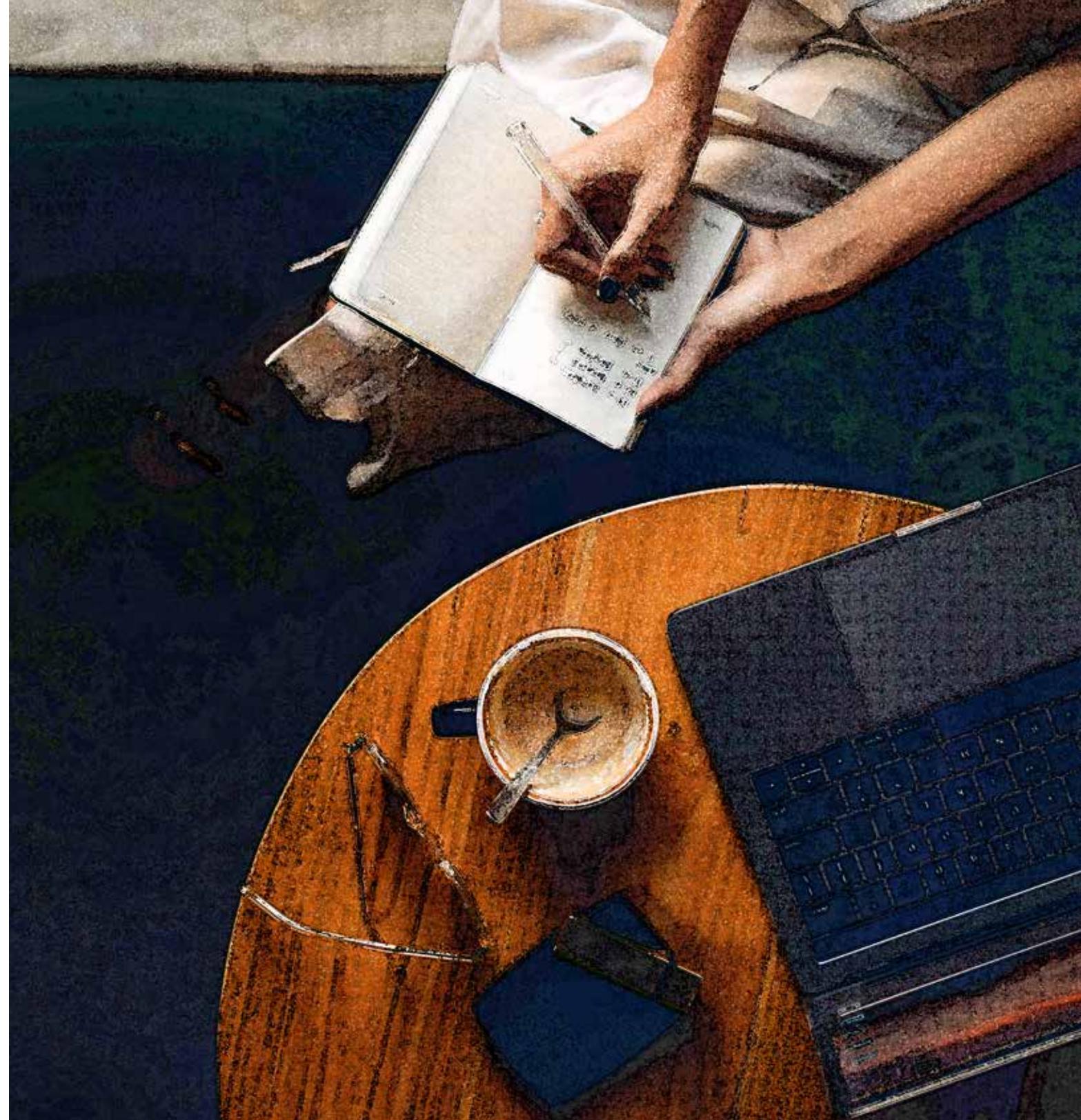




IMAGEN GENERADA CON DEEPAI.ORG

El Poema Apócrifo de Gabriel García Márquez

En estos días de noticias falsas, en que la postverdad es lo que la gente absolutamente cree todo lo que ve en social media, es preciso reflexionar sobre los poemas apócrifos. Esos “trozos falsamente atribuidos a un libro original”, como dice Jaime Rubio Hancock, crítico de diario *El País*.

Como asegura Cristian Vásquez en la revista *Letras Libres*: “Muchas personas se empeñan en creer en las citas erróneas por una sencilla razón: es una forma de lograr que los escritores más prestigiosos digan cosas que nunca dijeron, pero que suenan bien”. Suenan bien para las masas, habría que añadir.

El verdadero autor de “La marioneta” (texto atribuido a Gabo) es Johnny Welch (México, 1959), un ventrílocuo profesional que durante una tele-ton en Chile recitó el texto que había escrito, años atrás, para *El Mofles*, su muñeco. Lo que leyó en público tuvo mucho éxito y empezó a circular por Internet sin crédito del autor. El diario *La República de Perú* lo publicó el 29 de mayo de 2000 como una primicia, señalando a Gabriel García

Márquez como su autor. La verdad es que el texto ya había sido publicado en 1996, en el libro *Lo que la vida me ha enseñado*, del mismo Welch, con un título distinto: “Si tuviera vida”.

Tan célebre se hizo este texto (gracias a los albores de la Web 2.0) que el premio Nobel colombiano se vio obligado a lanzar un comunicado oficial para aclarar el tema. En esos días el autor de *Cien años de Soledad* se estaba recuperando de un cáncer linfático que se le había diagnosticado en 1999. Su comunicado público fue muy escueto y preciso: “Señores, yo quiero decirles que estoy vivo y que lo único que me podría matar es que digan que yo escribí algo tan cursi”.

La marioneta

Si por un instante
Dios se olvidara de que soy una marioneta de trapo
y me regalara un trozo de vida,
aprovecharía ese tiempo
lo más que pudiera.
Posiblemente no diría todo lo que pienso,
pero en definitiva pensaría todo lo que digo.
Daría valor a las cosas,
no por lo que valen,
sino por lo que significan.
Dormiría poco, soñaría más.
Entiendo que por cada minuto que cerramos los ojos
perdemos sesenta segundos de luz.
Andaría cuando los demás se detienen,
Despertaría cuando los demás duermen.
Escucharía cuando los demás hablan,
y cómo disfrutaría de un buen helado de chocolate.
Si Dios me obsequiara un trozo de vida,
vestiría sencillo,
me tiraría de bruces al sol,
dejando descubierto, no solamente mi cuerpo sino mi alma.
Dios mío, si yo tuviera un corazón,
escribiría mi odio sobre hielo,
y esperaría a que saliera el sol.
Pintaría con un sueño de Van Gogh sobre las estrellas
un poema de Benedetti
y una canción de Serrat
sería la serenata que le ofrecería a la luna.
Regaría con lágrimas las rosas,

para sentir el dolor de sus espinas,
y el encarnado beso de sus pétalos...
Dios mío, si yo tuviera un trozo de vida...
No dejaría pasar un solo día
sin decirle a la gente que quiero, que la quiero.
Convencería a cada mujer u hombre
de que son mis favoritos y viviría enamorado del amor.
A los hombres les probaría cuán equivocados están,
al pensar que dejan de enamorarse cuando envejecen,
sin saber que envejecen cuando dejan de enamorarse.
A un niño le daría alas,
pero le dejaría que él solo aprendiese a volar.
A los viejos les enseñaría
que la muerte no llega con la vejez sino con el olvido.
Tantas cosas he aprendido de ustedes, los hombres.
He aprendido que todo el mundo quiere vivir
en la cima de la montaña, sin saber
que la verdadera felicidad está
en la forma de subir la escarpada.
He aprendido que cuando un recién nacido
aprieta con su pequeño puño, por vez primera,
el dedo de su padre, lo tiene atrapado por siempre.
He aprendido que un hombre sólo tiene derecho
a mirar a otro hacia abajo,
cuando ha de ayudarlo a levantarse.
Son tantas cosas las que he podido aprender de ustedes,
pero realmente de mucho no habrán de servir,
porque cuando me guarden dentro de esa maleta,
infelizmente me estaré muriendo.





Armas de Destrucción Misiva

(microficciones,
aforismos y chistuits)

NATHALIE AMORES

Encontrar un libro de microcuentos en el baño tiene su simbolismo: “Siéntase a gusto, pero hágalo rápido.”

* * *

—¿Usted está a favor o en contra de que Guayaquil sea independiente?

—Depende.

—Eso ya lo sabemos, pero le pregunto si está a favor o en contra.

* * *

—¿Cómo sabes que Spiderman perdió el año?

—Porque se quedó suspendido.

* * *

—¿Por qué a la mamá gallina no le gusta que sus pollitos salgan con otros pollitos?

—Porque está en contra del polliamor.

* * *

—¿Por qué un docente se abriría un OnlyFans?

—Para enseñar.

* * *

—¿Un café latte, señor?

—Tan temprano con las preguntas capciosas.

* * *

—¿Un café espresso, señor?
—Otra vez con las preguntas capciosas a esta hora.

* * *

—¿Porque no quieres salir conmigo?

—No eres mi typo.

* * *

—¿Cuál es el colmo del registro de donantes?

—Que esté desorganizado.

* * *

El domingo tiene ese aire del momento en que prenden las luces para echarte de la fiesta.

* * *

Cuando tomas un chocolate y dejas todo embarrado, fue un Cola Caos.

* * *

Llegó el Espíritu Santo, la embarazó y se fue sin decir ni pío.

* * *

Si me tomé el juguito de alguien por error, ¿fue sin pulpa?

* * *

Si la presentación del Mundial fue una chaucha, Morgan Freelance.

* * *

Para Melville, los días eran medios mobydickos.

* * *

Cuando se desayunan una noticia falsa, se comen una flake news.

* * *

Cuando el amor es pasajero, el orgasmo se escucha con efecto doppler.

* * *

Si tu otro yo es un vividor, es tu alteriego.

* * *

Capaz no es locura sino incomprensión, ¿quién loquita?

* * *

Cuando Juan Montalvo dijo “mi pluma lo mató”, disparó un arma de destrucción misiva.

* * *

Para aplicar justicia indígena, es necesario determinar cuy bono.

* * *

Cuando te deja sin ropa, tela quita.

* * *

Tengo un par de chistes de Semana Santa en borrador, pero siento que no voy a dar en el clavo.

* * *

Siempre pecable, nunca impecable.

* * *

Will antes era legend, ahora es myth.

* * *

Si es terco en varios aspectos de su vida, ¿es un polinecio?

* * *

Dos seres allegados son serafines.

* * *

Si tomo aguardiente con hielos, ¿estoy tomando solamente agua?

* * *

¿Abraham padres que sacrifiquen a sus hijos?

* * *

Las abejas no viven mucho, pero algunas sí llegan abiejas.

* * *

Si estás en el infierno y tienes síntomas de covid, te mandan a hacer un test dantígenos.

* * *

Te saco el boxer y lo llevo a pasear.

* * *

A mí, Masterchef me parece un programa irrisotto.

* * *

Él la amenazó de muerte: ella se suicidó, él se entristeció.

* * *

Tanto hablaron de la cereza-del-pastel, que nadie se atrevió a tocarla. La cereza se pudrió.

* * *

Cuando llega la muerte, es para toda la vida.

* * *

Dale un pez a un hombre y comerá por un día, dale un Dios y esperará a que lo multiplique.

* * *

La música es la guirnalda del tiempo.

* * *

Donde hubo sonrisas, arrugas quedan.

* * *

Es inútil convencerle al fuego de que no arda.

* * *

La música es la lencería del alma

* * *

Las canciones que escuchamos son la música de espera mientras nos llega la muerte.

* * *

De mayor quiero volver a ser niña.

* * *

La manera más efectiva de que te encuentren es estando siempre perdido.

* * *

Donde no hay fuego, no te quemes.

* * *

A lo mejor Gregor Samsa sólo quería que le hagan cucharita, no cucaracha.

In Memoriam



IMAGEN: www.newyorker.com

Homenaje a Albert Camus

JEAN PAUL SARTRE

En enero de este año se conmemoran 63 años de la muerte del filósofo francés Albert Camus. Esta nota necrológica, aparecida en el *Nouvelle Observateur* al día siguiente del accidente de tránsito en el que falleciera el autor de *La peste*, se ofrece como primicia ya que nunca antes había aparecido completa en español.

Hace seis meses, incluso ayer, la gente se preguntaba: “¿Qué es lo que él va a hacer?” Temporalmente, desgarrado por contradicciones que hay que respetar, había optado por el silencio. Pero era uno de esos raros hombres a los que podemos permitirnos esperar, porque tardan en elegir y permanecen fieles a su elección. Algún día hablaría. Ni siquiera nos hubiéramos atrevido a adivinar lo que

diría. Pero pensábamos que había cambiado con el mundo, como todos; eso nos bastaba para ser conscientes de su presencia.

Él y yo habíamos discutido. Una pelea no importa, aunque los que se pelean no vuelvan a verse, es sólo otra forma de vivir juntos sin perderse de vista en el pequeño y estrecho mundo que se nos ha asignado. Eso no me impedía pensar en él, sentir que sus ojos estaban puestos en el libro o el periódico que estaba leyendo y preguntarme: “¿Qué pensará de esto? ¿Qué piensa en este momento?”

Su silencio, que según los acontecimientos y mi estado de ánimo consideraba a veces demasiado prudente y a veces doloroso, era una cualidad de cada día como el calor o la luz, pero era humano. Vivíamos con o contra su pensamiento tal como se nos revelaba en sus libros —especialmente *La caída*, quizá el más bello y el menos comprendido—, pero siempre en relación con él. Fue una aventura excepcional de nuestra cultura, un movimiento del cual intentamos adivinar las fases y el resultado final.

Representó en nuestra época el último ejemplo de esa larga estirpe de moralistas cuyas obras constituyen quizá el elemento más original de las letras francesas. Su humanismo obstinado, estrecho y puro, austero y sensual, libró una guerra incierta contra los acontecimientos masivos y sin forma de la época. Pero, por otra parte, a través de sus tenaces rechazos, reafirmó, en el corazón de nuestra época, contra los maquiavelistas y contra el ídolo del realismo, la existencia de la cuestión moral.

En cierto modo, él era esa afirmación categórica. Cualquiera que leyera o reflexionara se encontraba con los valores humanos que él tenía en su puño; él cuestionaba el acto político. Había que evitarle o combatirlo: era indispensable para esa tensión que hace de la vida intelectual lo que es. Su mismo silencio, estos últimos años, tenía algo de positivo: Este Descartes del Absurdo se negaba a abandonar el terreno seguro de la moral y aventurarse por los caminos inciertos del sentido práctico. Lo intuíamos, y también intuíamos los conflictos que mantenía ocultos, pues la ética, por sí sola, exige y condena a la vez la rebelión.

Esperábamos; teníamos que esperar; teníamos que saber. Hiciera lo que hiciera o decidiera posteriormente, Camus nunca habría dejado de ser una de las principales fuerzas de nuestra actividad cultural ni de representar a su manera la historia de Francia y de este siglo. Pero probablemente deberíamos haber conocido y comprendido su itinerario. Él mismo lo dijo: "Mi trabajo está por delante". Ahora ha terminado. El escándalo particular de su muerte es la abolición del orden humano por lo inhumano.

El orden humano no es más que un desorden: es injusto y precario; implica matar y morir de hambre; pero al menos está fundado, mantenido o resistido por los hombres. En ese orden Camus tuvo que vivir. Aquel hombre en movimiento nos interrogaba, era él mismo una pregunta en busca de su respuesta; vivía en medio de una larga vida; para nosotros, para él, para los hombres que mantienen el orden y para los que lo rechazan, era importante que rompiera su silencio, que decidiera, que concluyera. Algunos mueren en la vejez mientras que otros, eternamente indultados, pueden morir en cualquier momento sin que el sentido de su vida, de la vida misma, cambie. Pero para nosotros, inciertos sin brújula, nuestros mejores hombres tuvieron que llegar al final del túnel. Pocas veces la naturaleza de la obra de un hombre y las condiciones del momento histórico han exigido tan claramente que un escritor siga viviendo.

Llamo escándalo al accidente que mató a Camus porque de repente proyecta en el centro de nuestro mundo humano el absurdo de nuestras necesidades más fundamentales. A los veinte años, Camus, aquejado repentinamente de una enfermedad que trastornó toda su vida, descubrió el Absurdo, la negación sin sentido del hombre. Se acostumbró a ello, reflexionó sobre su condición insoportable, salió adelante. Y sin embargo, uno está tentado de pensar que sólo sus primeras obras dicen la verdad sobre su vida, ya que ese inválido una vez curado es aniquilado por una muerte inesperada desde el exterior.

El Absurdo podría ser esa pregunta que ahora nadie le hará, que él no le hará a nadie, ese silencio que ahora ni siquiera es un silencio, que ahora no es absolutamente nada.

No lo creo. En el momento en que aparece, lo inhumano se convierte en parte de lo humano. Cada vida que se trunca —incluso la vida de un hombre tan joven— es al mismo tiempo un disco de fonógrafo que se rompe y una vida completa. Para todos los que le querían, hay un absurdo insoportable en esa muerte. Pero tendremos que aprender a ver esa obra mutilada como una obra total. En la medida en que el humanismo de Camus contiene una actitud humana ante la muerte que iba a cogerle por sorpresa, en la medida en que su búsqueda orgullosa y pura de la felicidad implicaba y exigía la necesidad inhumana de morir, reconoceremos en esa obra y en la vida que es inseparable de ella el intento puro y victorioso de un hombre por arrebatar cada instante de su existencia a su muerte futura.

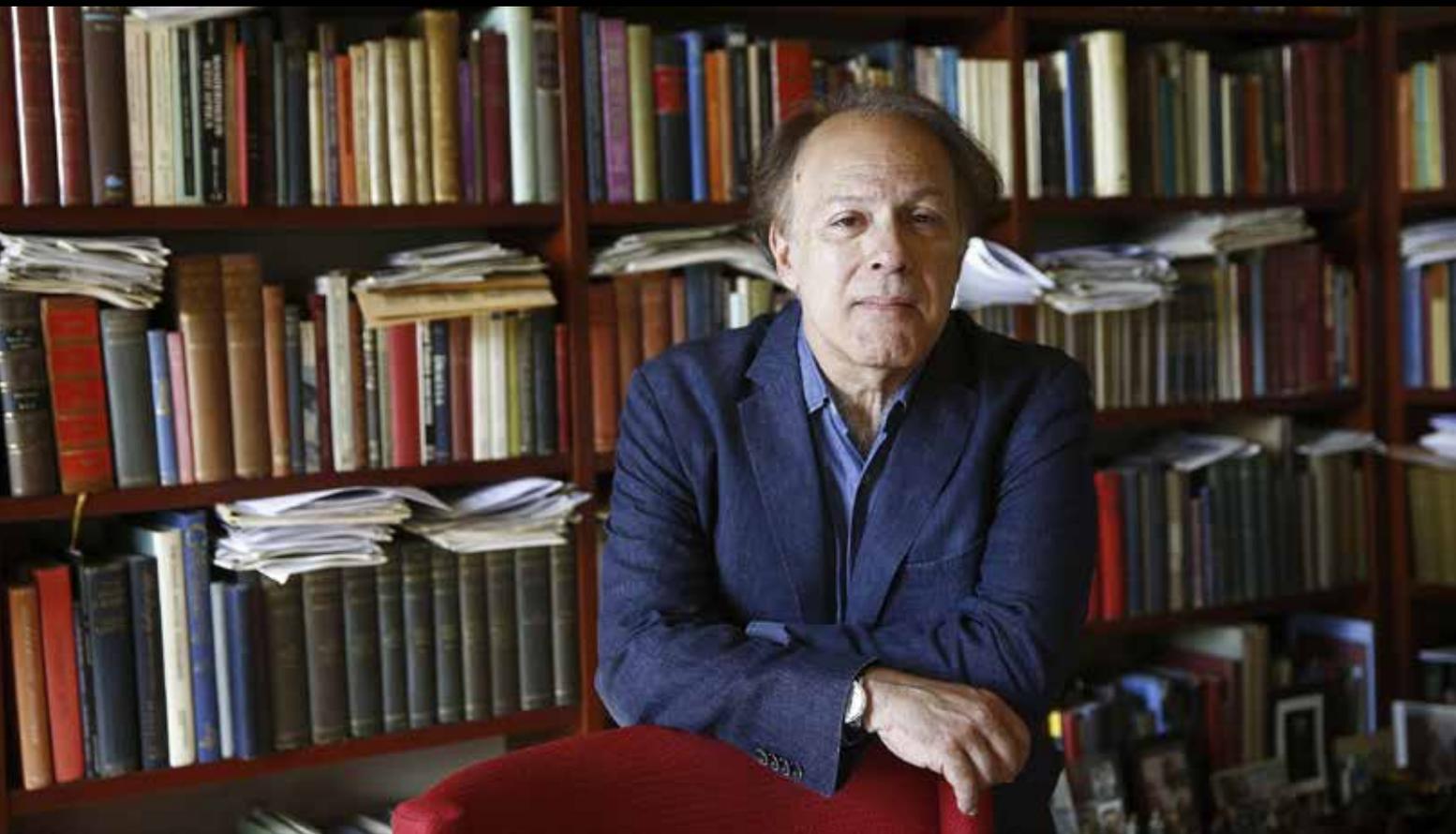


IMAGEN: www.nytimes.com

Javier Marías (1951-2022)

H

ijo del filósofo Julian Marías y discípulo de Ortega y Gasset. Ha muerto un grande de grandes. La hipérbole es necesaria. Cada año sonaba su nombre entre los candidatos al premio Nobel. Yo tenía curiosidad de saber si, en caso de ganarlo, habría de aceptarlo o no. Resulta que cuando ganó el Premio Nacional de Narrativa en el 2012 cobró actualidad su clásica negativa a recibir preseas de carácter oficial o institucional. Nadie más que él merecía el Nobel o cualquier otro premio.

A mi entender nadie arrancaba mejor sus novelas como Marías. Sus inicios eran vendavales poéticos que lo arrasaban todo, verdaderos huracanes retóricos que no se quedaban en promesa. Las primeras páginas de Marías, en su tono, ritmo, respiración, ya contenían todo lo que venía después.

Murió de un ataque al corazón completamente imprevisto y repentino. Apenas supe de su muerte pensé en su título shakespeariano *Corazón tan blanco* (1992). Al bardo inglés le debió la mayoría

de sus rótulos, incluyendo la mejor de sus novelas, *Tu rostro mañana* (2002) que tendría dos entregas más en 2004 y 2007. Esta es quizá la obra que más lo define: la historia de un espía que se especializa en redactar informes a partir del análisis de retratos. Detrás de la figura del analista de fotografías se encontraba escondida la del novelista siempre asechante, capaz de urdir las más insospechadas tramas a partir de fotos.

El triángulo amoroso, la imposibilidad de una relación sentimental y la traición fueron los ejes de su narrativa.

Su vena de traductor aún queda por ser reivindicada. Fundamental es su versión de *Tristram Shandy* (2017) de la novela de 1759 de Laurence Sterne y los poemas *Desde que te vi morir* (1999) de Vladimir Nabokov. Las notas del curso del *Quijote* (2016) que impartió en el Wellesley College, en Massachusetts en 1984, son un libro de cabecera de los cervantistas.

Sus largos años de formación en Oxford están sintetizados en *Todas las almas* (1989) que explora esos claustros centenarios desde la mirada local. *Mañana en la batalla piensa en mí* (1994) es la que más réditos le dio. Ganadora del premio Rómulo Gallegos es un poema en prosa sobre la obsesión amorosa.

Su rama cuentística tampoco ha sido valorada de manera justa. Sus cuentos de *Mala índole* (1998) están entre lo mejor de su producción. El cuento que da nombre a ese libro es un homenaje al séptimo arte. En él leemos los avatares del doble de Elvis Presley.

Su cinefilia está bien documentada en algunas de las columnas dominicales de diario *El País*. Donde todo ha sucedido: *Al salir del cine* (2005), recopilación de sus críticas sobre el séptimo arte, resulta un texto fundamental pues puede leerse como un anexo de sus novelas donde no escasean las referencias al cine clásico norteamericano.

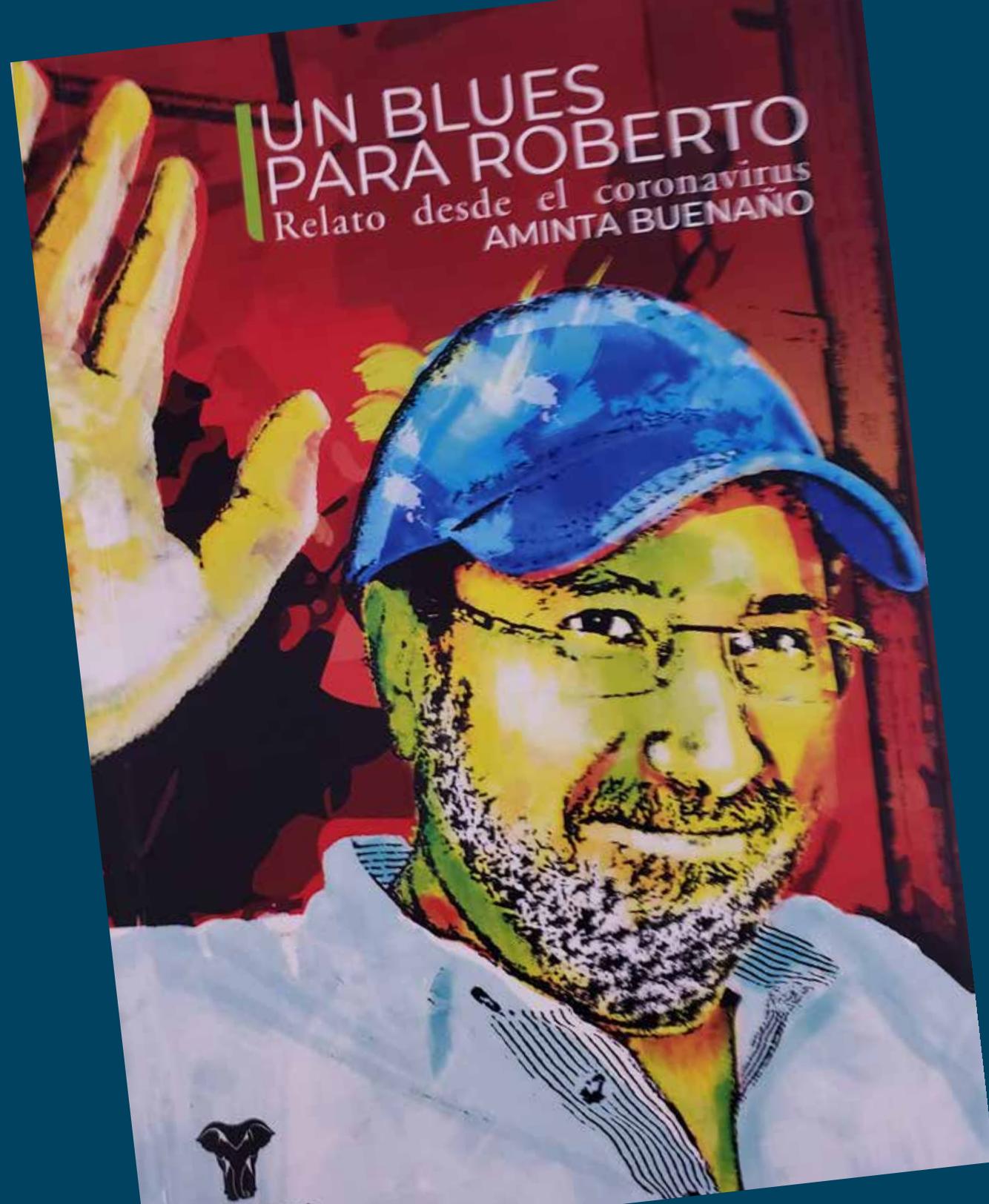
También fue hinchacérrimo del Real Madrid, equipo al que le dedicó algunas columnas. Su pasión por la pelota se aprecia en *Salvajes y sentimentales* (2000), recopilación de sus textos sobre el fútbol. Inolvidables resultan sus retratos de futbolistas y de partidos clave de la selección española.

Fue un crítico despiadado de la cultura de masas. Nada le gustaba. Nada le complacía. Siempre escribía lo que pensaba, sin filtros. A veces uno no sabía si era genial, antipático o las dos cosas.

No contento con el ser uno de los más prolíficos escritores de lengua española se convierte él mismo en una ficción cuando es nombrado rey de una manera tan insólita como divertida. El origen de su título nobiliario tiene matices novelescos. Marías incluye al banquero Matthew Shiell como personaje en su novela *Todas las almas*. Shiell había comprado una isla de una milla de extensión en el Caribe en 1865 y solicita inmediatamente el título de Rey de Redonda a la Reina Victoria quien se lo concede con la condición de abstenerse de participar en la vida política. En otras palabras, ostenta un título monárquico ficticio. Shiell cedió el cargo al escritor John Gawsorth quien a su vez se lo dio al escritor John Wynn-Tyson. Este último, en agradecimiento por haber incluido a Gawsorth en *Todas las almas*, abdicó en los años 90 del siglo pasado a favor de Marías. Todos estos detalles están desglosados en *Negra espalda del tiempo* (1998).

Como emperador de semejante reino fabuloso, el Rey Xavier I dispuso la concesión de títulos nobiliarios a Pedro Almodóvar que fue investido como duque de Trémula, Eduardo Mendoza como duque de Isla Larga, Francis Ford Coppola como duque de Megápolis, George Steiner como duque de Gerona, Umberto Eco como duque de La isla del Día de Antes, Milan Kundera como duque de Amarcord o George Sebald, duque de Vértigo. Como buen rey se arrogó la invención de una empresa cultural monumental: fundó una editorial llamada Reino de Redonda en la que publicó joyas inencontrables de Faulkner, Auden, Balzac, Steven, Yeats, entre tantos otros.

Ahora que se ha ido sólo queda releerlo una y otra vez. Su legado es incomensurable. El rey de la Redonda ha muerto. Viva el rey.



RELATO DESDE EL CORONAVIRUS

SONIA MANZANO

Suelo dar inicio a mis comentarios sobre obras que han logrado impactar en mi sensibilidad de lectora exigente, a partir de un verso o una frase cuya contundencia haya logrado constituirse en ese balazo de partida que precisan mis neuronas para acometer interpretaciones analíticas.

En el caso de Blues para Roberto, obra de la autoría de Aminta Buenaño Rugel, hubo una frase en especial que cumplió con el objetivo anotado, la que decía esto de: “Soy una sobreviviente que no sabe por qué sobrevive”.

La voz narrativa de este blues confiesa que la tabla de salvación que le impidió sucumbir en un mar de angustias existenciales, a causa del deceso imprevisto de Roberto Echeverría, no fue otra que la literatura, a través de la cual logró “exorcizar” el

dolor que desgarraba, como un anzuelo abierto, su garganta, de lo que dan fe los girones de alma que van quedando en las páginas de esta conmovedora obra de la autoría de Aminta Buenaño.

Un Blues para Roberto parece emerger desde la voz de resonancias hondas y sensuales de una cantante de negros espirituales o desde la trompeta de sonidos envueltos en la saliva dorada del legendario Louis Armstrong; por ello, este sacudidor “Relato desde el Coronavirus”, tiene los componentes del género musical anotado, al que fuera tan afecto Roberto Echeverría, así como también este profesó devoción confesa por el jazz, heredero directo del blues, el que llegó a constituirse en “el Padre Nuestro, la señal de la cruz con la que se santiguaba antes de dormir”.

El sujeto inspirador de esta elegía “atípica” —y la llamo así porque junto a los “ayes” de dolor por una muerte no anunciada, también se advierten los cantos celebratorios, de una vida bien vivida—, no es otro que un hombre cuya transparencia era similar a la de “un agua de té”, según acertado símil de esa portentosa generadora de símiles que es Aminta Buenaño.

Con su proverbial fluidez discursiva, Buenaño desplaza su relato entre dos instancias temporales de deliberada alternancia: Un presente, que transcurre entre los dos años de confinamiento obligado al que nos condenó la pandemia coronavírica, y un pasado evocador de su infancia y sus años de juventud.

Después de acontecida la partida insólita de Roberto Echeverría, la voz narrativa verbaliza escenas preñadas de incertidumbre, indignación e impotencia; plañir discursivo que contrasta con las páginas que recrean la infancia, adolescencia y juventud, del héroe de este blues; páginas en las que no dejan de incluirse aquellas que dan cuenta de la larga y armónica unión matrimonial que mantuvo el dúo Echeverría Buenaño.

La baja saturación de oxígeno que acusan los pulmones de Roberto y que finalmente provoca el deceso de este, se homologa con la sensación de asfixia progresiva que sufre la hablante discursiva, la que se instala en su psiquis cuando en esta pisa fuerte “la huella del súcubo de la culpa”, lo que es causa de que el “yo narrador” se paralice en un “modo zombi”, estado de aletargamiento de quien quiere morir en vida para así expiar “la culpa” de tener

que seguir viviendo después de acontecida la defunción de un ser entrañablemente amado.

En los primeros apartados de este sacudidor relato, el yo narrativo se sumerge en un coma auto inducido, como un recurso último que le permita soportar “tanto dolor que se agolpa en su costado”, el que en forma intempestiva interrumpe hasta el lenguaje para inundarlo con interrogantes, imprecaciones al sordo cielo, lamentaciones desgarradoras y más llagas que supuran indignación y tristeza; pero es en este tráfigo de sombras que un girasol amarillo, ofrendado por un hijo bajo el ruego angustioso de “no te mueras mamá”, el que logra rasgar el velo luctuoso que cubre de pesadumbre a la voz narrativa; desgarradura después de la cual esta empieza a plantearse la posibilidad de que quizás después de la muerte pueda que exista otra clase de vida, una factible de ser inseminada en el vientre de la literatura, o una que de pronto deja sentir su presencia en fenómenos paranormales, de esos que la razón convencional no entiende, pero que si son percibidos por sensibilidades agudas, como la que posee Buenaño, quien llega a sentir que el perro que la persiguió en una de sus caminatas por el parque, será el propio Roberto, o que este sigue asomando su rostro a través de las ventanas abiertas de los ojos de un gato, para así demostrar, contra todo pronóstico, que no se ha ido del todo: “¿Podrá penetrar por los ojos ambarinos de Thelonius como si fuera un Dédalo hacia el más allá para llegar al sitio donde él me esperaba?”

Un rasgo marcado de estilo en la relatística de la autora es la utilización constante, del todo funcional, del símil, tropo que ella maneja con soltura para vincular entre sí significados paralelos: “su cabeza caída como un muñeco roto”; “pero él no podía gritar sin defenderse, algo muy gordo, metido como un tronco en la garganta, se lo impedía”.

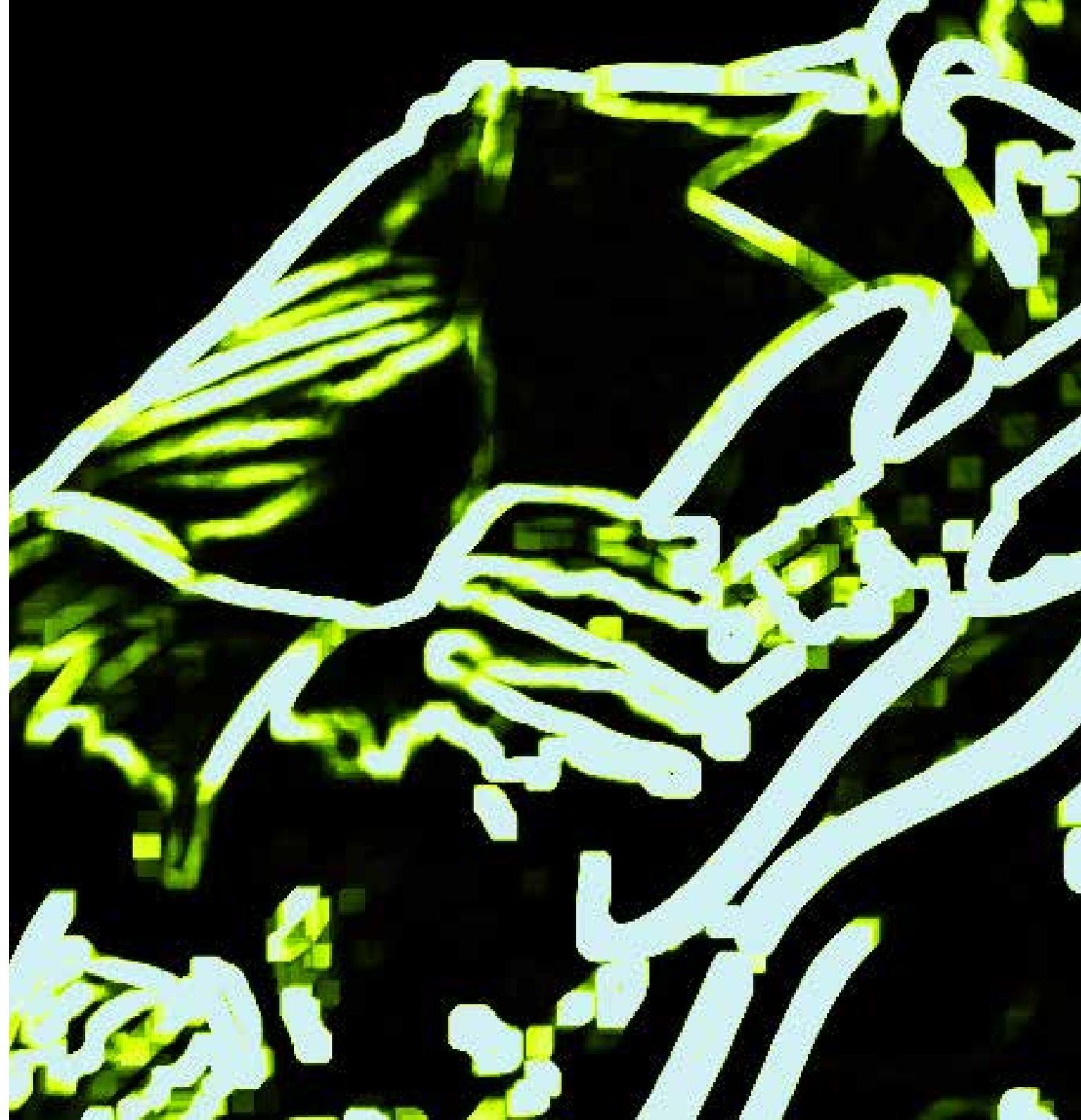
Otro fuerte rasgo de estilo en la poética narrativa de Buenaño, es su capacidad para describir con precisión detallista no solo a los personajes protagónicos de sus blues, de los cuales hace verdaderos “retratos hablados”, sino también en la implementación de los escenarios o locaciones en los que tienen lugar las representaciones de las varias escenas que conforman esta biografía novelada, alcanzando este poder descriptivo un nivel de excelencia mayúscula cuando la autora vuelve sus ojos hacia sus paisajes interiores, ergo,

hacia su subjetividad secreta, la que saca a flor de lenguaje tanto acuarelas sombrías, cuyos contornos se diluyen mojados por llantos incontenibles, cuanto acuarelas ya nimbadadas por una luz esperanzadora, la que empieza a vislumbrarse a partir de que el yo narrativo se entera de la noticia de que el inmenso vacío que dejó Roberto, el día en que bajó las escaleras de su casa para ya nunca más volver a subirlas, de alguna manera será llenado con el próximo arribo de un nuevo ser al seno del hogar tan flagelado por el Covid.

Enquistada como una historia dentro de otra historia mayor de este Blues, brilla con amenidad deleitosa la saga de la familia Echeverría, la que inevitablemente remite al lector acucioso, a la saga de los Buendía, la de los Cien años de soledad de García Márquez.

Haciendo cuentas volanderas, cerca de una centuria abarca el recuento que de la familia paterna de Roberto, hace la narradora, el que abarca cinco generaciones, partiendo desde el patriarca José Echeverría, pedagogo ultra-conservador, amante de los libros; pasando por Arturo, el padre del héroe de este blues: Roberto Echeverría, nada menos que el tercero en esta línea dinástica a quien evoca con admiración y ternura la voz narrativa; después del cual salta a escena Juan Manuel, el unigénito engendrado por dos seres tan afines y a la vez tan diferentes, unidos por una misma posición ante el arte y la vida. Después del cuarto de los Echeverría, como una revancha contundente que se toma la vida frente a la muerte, empieza a latir con levedad de poema, con aleteo de pájaro celeste, el corazón del quinto de los Echeverría, el niño que no pudo acunar en sus brazos el abuelo que se fue antes de tiempo, pero el que conocerá, de boca de su abuela: “de dónde, de qué tan humano árbol procede; para que las alas de la memoria te dibujen un abuelo cercano, real”.

He aquí un libro hermosamente escrito, cuya esencia conmovedoramente humana está llamada a arrancar sollozos y sonrisas de sus potenciales lectores. Un libro que rompe las cadenas del dolor para elevarse al éter, llevando entre sus páginas un canto de vida y esperanza.





ROO
KIES



3 poemas
KATHERINE MARTÍNEZ

FOTOGRAFÍA: DEATH TO STOCK

Sapiencia

Siempre hablé una lengua estéril,
pero desde que llegaste,
puede decir más, es una lengua creadora.

De vida

De instantes

De ti.

Ars Poética

La escritura como aullido,
como reverberación,
como latido,
como conciencia de ti.

113

Volví a Escribir

Te quise contar que volví a escribir
pero tú no sabías que me gusta hacerlo.
Sobre todo cuando estoy adolorida o incompleta.
Pues sí, me gusta escribir.
Sobre todo porque no estás.

What's a Brother to do?

RAYMOND HOOPER

I was in the second grade. We were standing in line waiting to be divided into teams for a game of kick ball. I must have had a crush on a girl in my class because I stepped out of line to kiss her. All I remember about the incident was that evening my father telling me kissing a white girl was going to get me killed. Somehow the incident had reached my parents. A year or two before he'd also told me if somebody called me a nigger to pick up something and hit them with it. That advice resulted in my getting beaten up for the first time. Neither one of these events taught me anything about race nor the social mores of the day. That first time I was called a nigger, I assumed I had made the other kid angry, and my response was to call him fat! My father never explained why I was supposed to hit him.

Later I noticed that all of the people coming out of the Presbyterian, Methodist and Catholic churches near Main Street were white and that everyone at my church, The New Hope Baptist,

on a dusty, pot holed dirt road in a comparatively remote wooded area of town were “Colored.” As I recall, in public, we were not yet Negroes. That was more formal, only in books and then only sometimes. We were approximately twenty years and a maturing civil rights movement away from being “African Americans” or “People of Color,” a more inclusive reference most commonly used today.

Once in Junior High with the Civil Rights movement in full swing and some white people acting out their anger both on television and to my face, did my personal age of innocence to come to an end. It was during that time that I learned two very important things for my mental and social survival: first to run fast and second, when to stand my ground and not hesitate to do or use whatever was available or necessary to bring any hostile situation to a quick and hopefully satisfactory conclusion. Some of the town punks or as my grandmother referred to, them, “White Trash,” would occasionally go on what, in some parts of the country, were called “Coon Hunts.” This usually meant finding a black kid by himself, (it was safer to out-number him,) provoke him into a fight or just start in beating up on him. During those years outside of school, I mostly played with the few other black kids in town although not exclusively. I had always had white friends.

I’m chuckling, as I write this because I’m remembering the look on the face of the Metuchen librarian the afternoon, I took out two books of poetry and a third one on boxing. I am thankful, especially in retrospect, not just for the white friends I had but the tenderness of their parents. Without them and my loving mother, I might have traveled a very different path.

My life changed in High School. With the exception of gym there were rarely any black kids in any of my classes and with the exception of track and field we usually didn’t do the same sports! I also became involved in numerous other activities, including The Student Council, The Thespians and our school literary publication The Scriblarean. I became the only black member of the Key Club. It was during this time I set my sights on going to art school.

Among other things, I was voted co-captain of the track team, most

popular, most versatile and most artistic in my class. With almost every club or team, I joined there would be some other black, usually male, school-mate(s) telling me, wrongly,

“They don’t want no niggas doin’ that.”

I’ll admit, it was true that there might have been some whites and blacks who expected and maybe even wanted me to fail. I experienced that same self-defeating attitude from other blacks during various stages of my adult life as well. Early in my career, I was the assistant art director of a then new and popular publication for black women, Essence magazine. After about a year, I was offered and accepted the position of associate art director of Harper’s Bazaar. When I gave notice to my Essence art director he predictably said,

“They don’t want no niggas at Bazaar!”

Exasperated, I returned to my desk saying,

“Yeah, you’re right and that’s why they’re hiring me and not you!”

A year or so ago black high school acquaintance found me on a social media platform and sent me an email listing a number of the obvious and numerous offenses and atrocities against African Americans. He ended his missive telling me,

“Wake up!”

He was not the first person to presume to tell me what I should think and or feel as a black person. Where once these boldface assertions angered me now, they only fill me with inertia. He not unlike some others I’ve experienced seem trapped in an echo chamber and unable to do anything truly constructive other than complain or admonish others who don’t adhere to their particular orthodoxy. Others point their anger directly at white people attempting to, as Tom Wolfe coined, “Mau Mau the Flack Catchers.” This means weaponizing guilt as opposed to exercising education and persuasion as a means of change.

Since my teens, my sin seems to have been not being black enough or as it was articulated by some, back in the day,

“Trying to be white.”

Does that mean that when I die everything I did and said in life won't have been done by a black man? That, of course, was and still is a projection. I've even been accused of trying to be white for speaking proper English! At times this has caused me to wonder if perhaps, somewhere, there exists a leather bound, gold stamped, manual that has somehow escaped me, with a title approximating, "How To Be Black: A Guidebook," complete with a glossary, a list of rules, diagrams and other clearly delineated parameters as to where I can go, who I can associate with, date, marry, what art and music I can openly enjoy, what clothes I should wear, what movies I should value, who should be my preferred authors, actors, athletes, etc. Anything else is obviously a rejection of who I really am.

What's a "Brother" to do?



Carlos Carrión

Nacido en Loja, 1944, es doctor en letras por la Universidad Complutense de Madrid y catedrático de la Universidad Nacional de Loja.

Sus obras más importantes son *El más hermoso animal nocturno*, *El corazón es un animal en celo*, *El amante sonámbulo*, *Habló el rey y dijo muuu*, *Una chica dormida en un caballo*, y *El Colt 45 de Caín*, cuentos. Y las novelas *El deseo que lleva tu nombre*, *Una niña adorada*, *¿Quién me ayuda a matar a mi mujer?* y la heptalogía sobre la migración ecuatoriana a España y otros países, integrada por *La utopía de Madrid*, *Un bacán en Nueva York*, *Dos aves migratorias*, *El tren de los amantes*, *La vedet de la calle Valverde*, *La ciudad que perdió* y *la Mantis religiosa*.

Cuentos suyos han sido traducidos al inglés, chino mandarín y al hebreo. Ha obtenido los premios *José de la Cuadra*, *Pablo Palacio*, *Joaquín Gallegos Lara*, *Miguel Riofrío*, el Universitario *Virgen del Carmen*, Zaragoza. Fue finalista, además, del *Herralde* de novela, con una novela inédita aún.

Moisés Botta Cedeño

Nació en Guayaquil, 1967. Estudios secundarios Colegio Vicente Rocafuerte, Guayaquil. Médico graduado Universidad de Guayaquil 1993. Integró taller literario de la Casa de la Cultura núcleo del Guayas, dirigido por Miguel Donoso, Fernando Balseca y Jorge Velasco, de 1986 a 1988. Ejerce medicina de forma privada y hace divulgación médica en redes.

Luis Urgilés

Nacido en San Miguel, provincia del Cañar, cantón Azogues, 1963. Vive desde edad temprana en Guayaquil donde ejerce la docencia en colegios. Asiste al taller literario de la Casa de la Cultura, núcleo del Guayas, dirigido por Miguel Donoso Pareja. Entre sus libros están los libros de cuentos *Para poder hablar* (Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1991), *Por eso no estamos muertos* (Guayaquil, Editorial Imaginaria, 1997), *El tesoro*

de la mama Huaca (Cuenca, Editorial don Bosco, 2007). Consta en la antología *El Libro de los abuelos* (Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1990).

Raúl Serrano Sánchez

Nacido en Arenillas, El Oro, 1962. Estudió comunicación social en la Universidad Central del Ecuador; realizó estudios de maestría, mención Literatura Hispanoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Integra el Consejo Editorial de la revista *Eskeletra* y es editor de *Kipus*: revista andina de letras. Ha publicado los cuentos: *Los días enanos* (1990); *Las mujeres están locas por mí* (1996, Premio “Ismael Pérez Pazmiño, Guayaquil, Diario El Universo”, y Premio “Joaquín Gallegos Lara”, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1997); *Catálogo de ilusiones* (2006). En novela: *Un pianista entre la niebla* –2016– (Premio Ángel F. Rojas, Guayaquil, 2015). A finales de 2009 publicó el ensayo *En la ciudad se ha perdido un novelista. La narrativa de vanguardia de Humberto Salvador*; en 2010 la antología *Manuela Sáenz: El tiempo me justificará*; en 2012 la selección: *Rondando a J.J. Tributo a Julio Jaramillo Laurido y Solo ella se llama Marilyn Monroe*; en 2013 la antología temática: *Cuerpo adentro. Historias desde el clóset*. Actualmente forma parte del Área de Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Nathalie Amores

Nacida en Quito, 1985, es un búho que lee, silba y toma café: una kuskunga. Escribe gorjeos con mitades de canción. En la vida ficticia, su formación académica incluye economía y finanzas (Universidad San Francisco de Quito), cooperación internacional (Universidad del País Vasco), gestión de proyectos (Tecnológico de Monterrey, Quito) y gestión de emprendimientos (Universidad de Chile). Trabajó en políticas públicas. Actualmente es gerente comercial en una industria más epicureísta: el café, su gran pasión.

Katherine Martínez Alarcón

Nacida en Guayaquil, 1990, también conocida como Pakita. Licenciada en Comunicación Social con mención en Literatura. Docente a tiempo completo. Disfruta la lectura y escribir de vez en cuando.

Sonia Manzano Vela

Nacida en Guayaquil, en 1947, poeta, narradora, ensayista y pianista. Su obra lírica está conformada por doce poemarios, entre los que se cuentan *Full de reinas* (1991), *Patente de corza* (1997), *Último regreso al Edén* (2005) y *Espalda mordida por el humo* (2015). Su poesía consta en numerosas antologías ecuatorianas y extranjeras, entre otras: *Casa de Luciérnagas, de Mario Campaña* (Barcelona – Bruguera – 2007), *Poetas nuestros de cada día: Marco Antonio Rodríguez* (CCE Quito, 2008), *Tapestry of the Sun, an Anthology of Ecuadorian poetry* (Guayaquil, Centro Ecuatoriano Norteamericano, 2009), *Poesía ecuatoriana contemporánea, de César Dávila Andrade hasta nuestros días: Xavier Oquendo* (CCE – Quito – 2011), *Antología de la poesía ecuatoriana contemporánea, de Emilio Cocco*, (edición bilingüe, italiano español – Italia – 2012), *Poetas Hispanoamericanas de hoy* (España, 2007) y *Poesía ecuatoriana contemporánea* (México, 2010). Su obra ha sido traducida al inglés, japonés, francés e italiano.

Abdón Ubidia

Nacido en Quito en 1944. Es narrador, ensayista, antólogo, investigador y crítico. En la década de los sesenta fue parte del grupo literario *Los Tzántzicos*; posteriormente fue miembro del consejo editorial de la revista *La Bufanda del Sol* y en los ochenta dirigió la revista cultural *Palabra Suelta*. Fue director general de editorial El Conejo. Sus obras han merecido numerosos premios y reconocimientos, como el Premio Nacional José Mejía Lequerica en cuento (1979) y novela (1986), el Premio Joaquín Gallegos Lara (2004), y en el año 2012 fue galardonado con el Premio Nacional Eugenio Espejo por su trayectoria literaria. Su novela corta *Ciudad de invierno* supera ya las veintidós ediciones. Entre otros títulos ha publicado *El palacio de los espejos*, *Antología del cuento ecuatoriano contemporáneo* y una obra crítica acerca de las corrientes narrativas del país *El cristal con que se mira*. Ubidia se mantiene activo en su labor creativa y comprometida, por eso se lo considera uno de los escritores más importantes de la literatura contemporánea ecuatoriana, digno de recomendación. Algunas de sus obras han sido traducidas al inglés, francés, alemán, ruso, italiano y griego.

Héctor Alvarado Garay

Nacido en Portoviejo en 1949. Facilitador y motivador laboral. Estudios de Sociología en la Universidad de Guayaquil. Fue uno de los fundadores de la revista SICO-SEO. Publicó su único poemario, *Dispersos*, en 1977.

Raymond Hooper

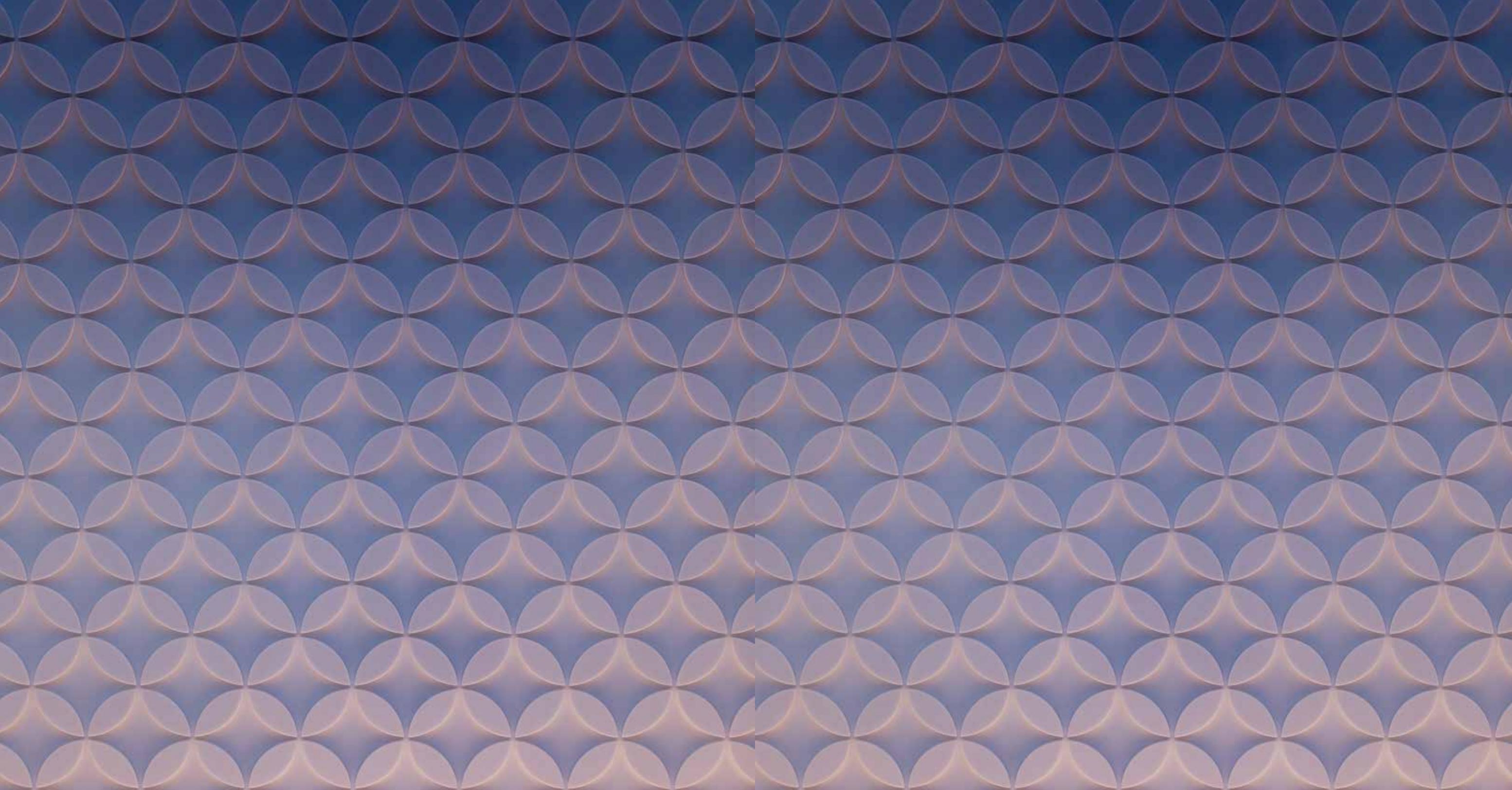
Director de Arte Asociado y diseñador principal de Harry N. Abrams, Inc. en Nueva York, por muchos años. Trabajó en el diseño de revistas de amplia reputación, como *Essence*, *Harper's Bazaar* y *Rolling Stone*. Profesor de *Design Concepts* en *Parsons School of Design*, por más de quince años. Recibió premios del *New York Art Directors Club*, *AIGA* y *The One Show*, entre muchos.

Tamara Mejía

Nacida en Guayaquil en 1987. Ganadora del concurso *Ileana Espinel Cedeño*, edición del 2022, con el poemario *Golondrinas en guerra*. Es *blogger* desde el 2008. Cursó estudios de Licenciatura en Artes en la Universidad de Guayaquil, tiene una especialización en producción de textos críticos y difusión mediática de las artes, además de una maestría en Crítica de Arte, ambas en la Universidad Nacional de las Artes de Buenos Aires. Como poeta ha publicado *Esto soy yo*, *Marakaramazov* (Quito, Casa de la Cultura Benjamín Carrión 2016), y un estudio sobre el escultor Manuel Velasteguí, *Historia Esculpida de Manuel Velasteguí, 50 años de nuevos comienzos* (Guayaquil, Programa editorial de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2018), *Últimos días de una herida* (Guayaquil, El Quirófano Editores, 2020) Colabora ocasionalmente con publicaciones nacionales e internacionales como crítica de arte.

Márgara Amarilis Sáenz

Nacida en Guayaquil, en 1948. Autora de *Siervos altos e iletrados* (San Francisco, City Bay Blues, 1998), *Prostitulario* (Lima, Editorial Cascarrabia, 2013), *The Lost Book that Never Lasts* (Estocolmo, Bromberg Publishers, 2017). Los poetas peruanos Antonio Cisneros, Mirko Lauer y Abelardo Oquendo publicaron un poema apócrifo de Sáenz titulado “*De Otra vez Amarilis*” en *Poemas del amor erótico* (Lima, Mosca Azul, 1972). Actualmente reside en Estados Unidos.





espol Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras